Historia de uma carta

7

HISTORIA DE UNA CARTA.



HISTORIA DE UNA CARTA,

COMEDIA EN TRES ACTOS,

ARREGLADA DEL FRANCÉS

POR

DON EDUARDO ROSALES.

MADRID:
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, 9.
1860.

PERSONAJES.	ACTORES.
SUSANA	DOÑA MARIA RODRIGUEZ.
LUISA	DOÑA ROSA TENORIO.
MATILDE	DOÑA CAROLINA BENEDICTO.
DOÑA ANTONINA	DOÑA LAURA GARCIA.
JUANA	DOÑA DOLORES MORARI.
DON FABIAN DE CASTRO	DON JOAQUIN ARJONA.
PABLO	DON VICTORINO TAMAYO.
DON BERNABÉ	DON ENRIQUE ARJONA.
DON GUILLERMO DE SANDOVAL	DON JUAN BENETTI.
DON ALEJO	DON TOMÁS INFANTE.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa una sala. En el fondo una chimenea, sobre la cual habrá una figura de porcelana. Puertas laterales y á entrambos lados de la chimenea. Á la izquierda un velador con una lámpara, un bordado de tapiceria, un libro y otros objetos: sofá, sillones, sillas, etc., etc.

ESCENA PRIMERA.

JUANA, sola. Se ocupa en limpiar un sillon, aparentando hacerlo de mala gana.

Uf, qué cansada me siento!... (Sentándose en el mismo sillon que limpiaba.) Verdad es que hace más de una hora que estoy tragando polvo... y semejante faena no es para una doncella de mis circunstancias.

ESCENA II.

JUANA y PABLO.

PAB. Buenos dias.

JUANA. (Saludando.) Quién será este jóven?

PAB. No me conoce usted?

JUANA. Si, ya caigo... Usted es el señorito que fué á casa en Madrid algunas veces con el señor don Bernabé, hará como cosa de dos ó tres meses.

PAB. El mismo, Juanita. Pero qué, ¿no reparó usted en mí

anoche?

JUANA. No, señor.

PAB. Pues aqui estuve con mi tutor don Bernabé y su esposa doña Antonina.

JUANA. Asi seria; pero como yo andaba tan ocupada!... Ustedes viven ahora en Gracia, eh?

PAB. Si: en una casa que hay á la salida del pueblo. Y los señores?

JUANA. No se han levantado todavia. Ya se vé: el cansancio del viaje... Pero yo, pobre de mí, desde las cinco de la mañana estoy barre que barre y limpia que limpia. Y Pedro y Martina no hacen otra cosa desde la misma hora por allá dentro. Buena hemos encontrado la casa!

PAB. Como que ha estado cerrada durante tres años: desde que doña Luisa se fué á Madrid con su madre. La partida se verificó de pronto: un criado de confianza quedó encargado de cerrar todas las puertas; éste, desempeñada su comision, partió tambien á Madrid, llevándose las llaves, y desde entonces no ha entrado aqui alma viviente.

JUANA. Alguien se ha levantado ya. Es la señorita Matilde.

PAB. La señorita Matilde?

JUANA. Si; la hermana de la señora. Aqui le dejo á usted con ella, que yo hago falta en otra parte.

ESCENA III.

PABLO, solo: á poco MATILDE.

PAB. Si doña Antonina supiese que he venido aqui solo, pobre de mí! Si, ella es: la señorita Matilde. (Mirando hácia la derecha.) Pues lo que es hoy me declaro. Pero qué... si en cuanto la veo á mi lado me entra un temblor... y se me seca la boca, y no sé qué decir. Ay, Dios mio! Aqui está.

MAT. Hola, Pablito: tan de mañana por aqui?

PAB. Ah, señorita Matilde!

MAT. (Remedándole.) Ah, señor don Pablo!

PAB. Cómo ha pasado usted la noche?

MAT. (Id.) Asi asi. Y usted?

PAB. (Confuso.) Ea: ya empieza usted á burlarse de mí, como en Madrid.

MAT. Ea: no se enfade usted, y sepamos: qué ha hecho usted en estos dos meses?
PAB. Oh, nada!
MAT. Nada? Y qué mas?
PAB. Si; he hecho versos.
MAT. Versos? Me los enseñará usted.
PAB. (Vivamente.) Oh, no!
MAT. Oh, si!
PAB. Usted se burla: está visto. Quédese usted con Dios. (Tomando el sombrero.)
MAT. Hasta luego.
PAB. Se vá usted tan pronto?
MAT. Y usted, no se vá?
PAB. Yo... Si usted se dignara oirme con benevolencia...
MAT. Hable usted.
PAB. Bien... pero... yo...
MAT. (Despues de una pausa.) Es eso todo lo que tiene usted que decirme?
PAB. Ah; si yo me atreviera, le diria á usted un millon de cosas.
MAT. Jesus, cuántas!... Mire usted, Pablo: lo mejor es que ahora se vaya usted á pasear un rato por el campo; que allí procure tranquilizarse; y olvidando que sabe hacer versos, discurra en prosa corriente y moliente, diciéndose á sí mismo esto que vá usted á oir, ó cosa parecida: «Pues señor, he de convenir en que soy muy torpe...»
PAB. Oh si; muy torpe!
MAT. Cómo! ¿estoy aguardando á una señorita con impaciencia...»
PAB. Contando los instantes!
MAT. «Contando los instantes; y cuando la veo á mi lado, cuando estoy solo con ella, no me atrevo á declararle los sentimientos de mi corazon?»
PAB. Es verdad!
MAT. «Como si en esto hubiera algo malo...»
PAB. Es verdad!
MAT. «Como si la señorita Matilde fuese capaz de enfadarse por esto.»
PAB. Ah, señorita; hé ahí lo que yo iba...
MAT. Hé ahí lo que usted vá á decirse á sí propio, paseando al aire libre por entre los árboles. Despues volverá

usted... hablará... yo le escucharé...

PAB. Y qué me responderá usted?

MAT. Eso allá lo veremos.

PAB. Pero...

MAT. Hasta despues, señor poeta. (Váse por el foro.)

PAB. (Solo.) Lo malo es que ya no sé qué voy á decirle, porque á fé, á fé, que ya se lo he dicho todo: digo, yo no he dicho nada, pero ella lo ha dicho por mí... y para el caso lo mismo dá. Vaya si he salido bien del apuro! Me he portado! Ya se vé, con un poco de audacia!...

ANT. (Dentro.) Pablo. Pablo.

PAB. Doña Antonina!... Si averigua lo que ha pasado... Me turbo!... Oh; que no me vea! (Váse por el foro izquierda.)

ESCENA IV.

DON BERNABÉ y DOÑA ANTONINA.

ANT. Pablo. (Saliendo por el foro derecha.) Pablo. Dónde estará?

BERN. La mariposa?... (Enseñándole una mariposa que trae atada á un hilo.) Aqui la tienes.

ANT. Eh! Quién piensa en la mariposa? Pregunto por Pablo, que debia estar en esta sala, segun me han dicho.

BERN. Válgame Dios, mujer, que no dejas vivir al pobre muchacho.

ANT. Bien harías tú en vigilarle un poco, en vez de pasarte los dias enteros corriendo tras de las moscas y las mariposas.

BERN. La entomologia nunca ha hecho mal á nadie. (Prendiendo con un alfiler la mariposa en su sombrero.)

ANT. Lo que yo te digo es que no cumples bien tus deberes de tutor con ese niño.

BERN. El angelito ya tiene veinte años.

ANT. Y bien despabilado que está, gracias á su ida á Madrid! Te empeñaste en llevarle.

BERN. Para que conociese á su apoderado y á los amigos de su padre. Conviene que el chico vaya adquiriendo relaciones. Mi tutoria tendrá su término: un dia será preciso casarle y...

ANT. Casarle! Vaya, vaya... Me gusta! Casarle! Pues qué, Pablo se ha de casar?

BERN. Por qué no?

ANT. Si te lo dije: en Madrid se pierden los jóvenes. El bribonzuelo se habrá enamoricado de las señoritas de la córte al verlas con tanto colorete, con aquellos prendidos tan elegantes, con aquellos trajes tan... escasos.

BERN. No; los trajes no son escasos, sino que la tela está en ellos muy mal distribuida. Pero te aseguro que el chico no ha tratado mas que á señoras dignas de estimacion: por ejemplo, á Luisa.

ANT. Á Luisa: una tontuela. Recuerda si no lo mucho que dió que hablar aqui mismo, antes de su casamiento; y creo que algo podria contarnos acerca de este particular tu amigo Fabian... ese señor tan extravagante que llegó el otro dia de las Indias Orientales, segun él dice, y que se nos ha metido en casa.

BERN. Y qué habia de contarnos Fabian? Algun amorio de muchachos... Cualquiera que te oyese...

ANT. Pues no digo nada la pizpireta de la hermanita! Tan parlanchina, tan ligera de cascos!... No faltaba más sino que una se estuviese quitando la vida para criar á ese pobre niño como Dios manda, y que ahora viniesen á echármele á perder con sus monadas las señoritas de Madrid.

BERN. Y aun cuando el chico tuviese algun trapicheo...

ANT. Un trapicheo!... Con una mujer? Pablo?

BERN. (Vamos, no se puede decir nada delante de ella. Como es tan rígida y tan!...)

ANT. Cuéntame qué hay. Cuéntamelo: pronto.

BERN. No hay nada, Antonina mia. No te enfades. Ha sido una broma.

ANT. Señor mio, usted me oculta algo.

BERN. Te aseguro que no.

ANT. Yo sabré obligarte á cantar de plano. Y si ese señorito ha cometido la imprudencia...

BERN. Qué modo de tomar las cosas! Tranquilízate.

ANT. Quiero saberlo todo: hable usted.

BERN. Pero...

ESCENA V.

DICHOS y FABIAN, vestido todo de blanco, con un quitasol y un abanico chinescos.

FAB. No hables, Bernabé.

BERN. (Volviéndose.) Fabian!

ANT. Y á usted quién le mete?...

BERN. (Conteniéndola.) (Mujer...)

FAB. No hables. Á las mujeres se les debe quebrar el gusto.

BERN. Creerás que se enfada porque...

ANT. Chitito! (Bajo, imponiéndole silencio.) Pero, calla!.. (Reparando en Fabian.) Ha cruzado usted el pueblo con ese atavio? (Riéndose.)

FAB. Asi he cruzado el mundo, señora, y con éxito muy lisonjero. Precisamente ahora acabo de encontrar á pocos pasos de esta casa á una niña hechicera, á quien he debido parecer bien, puesto que al verme se ha echado á reir.

ANT. Lo creo sin que usted me lo jure; porque, francamente, llevar ese quitasol y ese abanico es una extravagancia de muy mal tono.

FAB. ¿Y á qué llama usted tono, mi señora doña Antonina?

ANT. El tono... pues... es... la moda.

FAB. Bah, bah... Háblele usted de modas á un hombre que acaba de recorrer los dos hemisferios, viendo hombres y mujeres de todos colores! Esto no será de buen tono en Gracia, pero lo es en Pekin. Váyase lo uno por lo otro.

BERN. Ya... entre chinos!...

FAB. (Remedándole.) Ya... entre chinos!... Y creerás tú que has dicho una gran cosa? Para ellos tú eres el chino; tú, pobre europeo, con tus patillas de chuleta y tu cañon de chimenea sobre los cascos.

BERN. Yo chino!

FAB. Tú y doña Antonina y yo. Todos somos otros tantos chinos con otras tantas extravagancias y locuras. Usted, señor don Bernabé, es un chino que no come nidos de golondrinas, pero sí caracoles en salsa. Usted, señora, es una china, que no se mete los piés en una cáscara de nuez, pero sí el talle en una máquina infernal. Yo soy

otro chino que no masca opio; pero que se fuma veinte cigarros al dia, y que se arruina sin divertirse.

ESCENA VI.

DICHOS y DON ALEJO, que entra por el foro.

ALEJO. (Saludando.) Señores...
BERN. Don Alejo!
ALEJO. Don Bernabé!
BERN. Usted por aqui?
ALEJO. Si: he sabido que ayer pasaron por Barcelona los señores de Sandoval con direccion á su quinta de Gracia, y he querido visitarlos hoy mismo. En breve debe llegar tambien la señorita doña Susana.
BERN. Lo sé: ha venido de Madrid con la familia de Sandoval, para pasar aqui este otoño, pero ayer se quedó en Barcelona con el objeto de comprar no sé qué dijes que le hacian falta.
ANT. Estas petimetras de la córte son tan presumidas, que hasta para vivir en el campo...
FAB. Quién es esa señora?
BERN. Una prima de Luisa.
ANT. Una solterona.
BERN. De veintiocho años de edad, con una cara como un sol. Frecuenta la mejor sociedad de Madrid; conoce á todo el mundo; es viva, alegre, decidora; tiene mucha experiencia y mucho talento; trata á la gente con una franqueza que en otra cualquiera mujer pareceria mal y en ella cautiva; y goza por último, con tanta cordura de su absoluta libertad, que el diente de la calumnia nunca ha podido cebarse en ella.
ALEJO. Aqui viene don Guillermo.
FAB. Qué aspecto tan lúgubre!
BERN. Es muy raro.

ESCENA VII.

DICHOS y GUILLERMO.

GUILL. (Saludando á Doña Antonina.) Señora...
ANT. Beso á usted la mano.

BERN. Qué tal? Ha descansado usted del viaje?
ALEJO. Celebro verle á usted tan famoso.
GUILL. Cómo, señor don Alejo; ha venido usted desde Barcelona?...
ALEJO. Gran molestia á fé mia. De Barcelona á Gracia se viene paseando. Y las señoras?
GUILL. Pueden ustedes pasar á verlas si gustan.
BERN. Si, vamos allá. El señor don Fabian de Castro. El amigo de quien dí á usted noticias anoche. Desea hablar con usted á solas.
GUILL. Bien: tengo mucho gusto... Caballero... (Saludando.)
FAB. (Qué hombre!)
BERN. Hasta despues, Guillermo.
ANT. Hasta luego. (Vánse por la puerta de la izquierda Doña Antonina, D. Bernabé y D. Alejo.)

ESCENA VIII.

FABIAN y GUILLERMO.

GUILL. (Sentándose despues de invitar á Fabian á que haga lo mismo.) Ya sabrá usted por Bernabé que hoy pensamos cazar un rato despues de almorzar.
FAB. Si, señor; pero yo no puedo ocuparme hoy en perseguir liebres ni conejos, porque ando al acecho de otra especie de animalito.
GUILL. Ah! (Durante toda esta escena, estará como absorto en profundas cabilaciones, sin prestar apenas atencion á lo que le dice Fabian.)
FAB. Soy soltero y quiero casarme.
GUILL. Ya!
FAB. Mejor dicho: necesito casarme en seguida.
GUILL. Oh!
FAB. Explicaré á usted el caso. De mi patrimonio, que no era grano de anis, nada queda á esta hora: todo me lo he gastado en viajes. Pero tengo un tio muy rico y muy testarudo, de quien soy único heredero... Eh? (Como incitándole á que diga algo.)
GUILL. Bien, si.
FAB. ¿Usted me preguntará quizá por qué emprendí viajes tan largos y costosos?
GUILL. No.

FAB. No? ¿Segun eso no querrá usted que le cuente como la perfidia de una mujer fué causa de mi expatriacion?

GUILL. No.

FAB. No? Usted, sin embargo, debe desear conocer los motivos que me obligan á casarme.

GUILL. Tampoco.

FAB. Perdone usted, caballero, pero esto último es absolutamente indispensable que usted desee saberlo, porque de otra suerte careceria yo de pretexto para decirlo.

GUILL. Bien: lo deseo.

FAB. Tendré mucho gusto en complacer á usted. Pues señor, ha de saber usted por la mayor ventura del mundo, que á principios del mes corriente, despues de haberme paseado durante tres años por mar y tierra, llegué un dia al oscurecer con una carga de loros y cocodrilos, á casa de mi susodicho tio, el cual reside en Barcelona. Llamo, el buen señor entreabre la puerta, y me saluda diciendo:—«Ah, tunante; eres tú?»—«Si, tio, yo soy:» —le contesto: y él añade:—«Vienes siquiera casado?» Párome á recorrer la memoria, por si allá en la Occeania ó en alguna otra parte... pero, nada.—«No, tio; ni siquiera vengo casado.»—«Cómo, bribon! sabes que por tí vivo célibe, y en vez de darme una familia, una mujer que me sirva con agrado, y me cuide y me mime, tienes la poca aprension de dejarme aqui solo en mi palomar con Gregoria?»—Gregoria es su ama de llaves.—«Pues bien: si en el término de un mes no vuelves casado... óyelo bien: me casaré yo con Gregoria.—«Pero...»—«Largo de aqui.» Y paf! me dá con la puerta en las narices, y héteme en mitad del arroyo cercado de loros y cocodrilos. Qué dice usted de esto?

GUILL. Yo? nada.

FAB. Enhorabuena. Pasemos adelante. Entonces resolví instalarme en casa de nuestro comun amigo Bernabé, el cual un dia me dijo: «Tengo lo que te hace falta: mañana llega mi amigo el señor don Guillermo con su preciosa cuñadita. Vas, la pides y es cosa hecha.» Pues señor, vengo, la pido, y...

GUILL. Poco á poco. Usted la conoce?

FAB. No, señor.

GUILL. Y sin conocerla siquiera?...

FAB. Cuatro mil años hace que los chinos se casan con muje-

res que no conocen.

GUILL. Bueno, corriente: no digo que no.

FAB. (Levantándose.) Entonces dice usted que si.

GUILL. (Id.) Tampoco digo que si.

FAB. Entonces, mi señor don Guillermo, ¿qué dice usted?

GUILL. Véase usted con mi esposa. Matilde es su hermana: ¡ella mejor que yo podrá resolver...

FAB. Tiene usted razon. Afortunadamente hace tres años, antes de emprender mis viajes, tuve el gusto de tratar á su señora de usted.

GUILL. Ah!... Pues yo ignoraba completamente... (Tira del cordon de una campanilla.) Á la señora, que venga. (Á Juana que sale.)

FAB. Entréguele usted esta tarjeta. (Váse Juana despues de tomar la tarjeta que le dá Fabian.)

GUILL. Supongo que hoy pasará usted el dia con nosotros.

FAB. No sé cómo agradecer...

GUILL. Hasta luego.

FAB. Beso á usted la mano.

ESCENA IX.

FABIAN, solo: á poco LUISA.

El marido no dice que no: la mujer dirá de fijo que si. Luisa su mujer! Qué recuerdos! La sala está lo mismo que hace tres años. El sillon de su madre... la figura de porcelana... el bastidor... Y este libro?... Si, tambien es el mismo. (Abriéndole.) Me parece estar soñando!

LUISA. (Entrando por la puerta de la izquierda, muy sobresaltada, con la tarjeta de Fabian en la mano.) Fabian!...

FAB. Luisa!... Señora...

LUISA. Con que es usted, caballero?

FAB. Yo mismo.

LUISA. De dónde viene usted?

FAB. Del otro mundo.

LUISA. Y á qué?

FAB. Á casarme.

LUISA. Ah! Mas para casarse no necesitaba usted venir á esta casa.

FAB. Cómo no, si en ella vive mi futura?

LUISA. (Con sorpresa.) Con quién quiere usted casarse, caba-

llero?

FAB. Con usted...

LUISA. (Interrumpiéndole asustada.) Conmigo?

FAB. Digo que con usted no será, puesto que usted está ya casada.

LUISA. Pues con quién?

FAB. Con su hermana de usted.

LUISA. Con Matilde! La conoce usted acaso?

FAB. De oidas.

LUISA. Usted se chancea.

FAB. Hablo con toda formalidad.

LUISA. No sabe usted que Matilde es una niña?

FAB. No la pretenderia yo si fuese una vieja.

LUISA. ¿Y cree usted que podria yo ver con tranquilidad en casa de mi marido al hombre á quien un dia permití que me dijese?...

FAB. Acabe usted: te amo.

LUISA. Usted mismo hace buena mi razon. Tenga usted la bondad de salir cuanto antes de aqui.

FAB. Siento infinito no poder complacer á usted.

LUISA. Es usted implacable.

FAB. Los aires del mar curten el pellejo y los desengaños el corazon.

LUISA. Ah! usted no sabe... Mi marido...

FAB. Qué?

LUISA. Mi marido es celoso.

FAB. Oiga!...

LUISA. No sosiega: no vive: sus celos rayan en delirio. La menor sospecha que concibiera, ocasionaria mi desgracia y la suya. Solo con que llegara á averiguar que usted me habia amado, lo cual permaneciendo usted aqui es muy fácil, seria capaz, no lo dude usted, seria capaz de matarme. Tenga usted compasion de mí.

FAB. Señora, me engañó usted como á un chino; y debo confesar que le guardo á usted un poco de rencor.

LUISA. Pero usted es injusto: yo no le engañé á usted.

FAB. Cómo que no? Recuérdelo usted bien, señora. Una noche, hace tres años, estaba usted ahí bordando en este bastidor: yo aqui leyendo en voz alta este libro: su madre de usted reclinada en ese sillon, haciéndose la distraida, pero sin apartar ni un solo momento de nosotros su vista indagadora. Asi pasábamos las más de las no-

ches, sin poder hablar palabra de nuestro amor, el cual de vez en cuando nos comunicábamos por medio de perfumados billetitos, que yo quemaba á medida que los iba recibiendo, segun lo habia jurado. ¡Qué candoroso era yo entonces! Pues bien; aquella noche me despedí de usted diciéndole «hasta mañana»; y usted me contestó «hasta mañana»; y pocos dias despues salia usted para Madrid, y pocos dias despues era usted esposa de otro hombre.

LUISA. Y quién tuvo la culpa de todo? Usted.

FAB. Yo!

LUISA. Por qué no fué usted á Madrid en busca mia? Mientras se disponia lo necesario para mi enlace, ¿dónde estaba usted?

FAB. Que dónde estaba? Vá usted á saberlo. Cuando salí de esta casa, ayer noche, ó hace tres años, como usted quiera, encendí un cigarro y me puse á pasear por entre los árboles, dando suspiros al aire; cuando de repente...

LUISA. Qué?

FAB. Veo brillar en la oscuridad á algunos pasos de mí, un círculo de fuego.

LUISA. Y qué era?

FAB. No se asuste usted: era un cigarro.

LUISA. Un cigarro?

FAB. Ó por mejor decir era mi amigo el señor de Espinosa. Admiracion recíproca, y luego nueva sorpresa al ver lucir otro circulillo de fuego en una espesura. El tercer cigarro era don Antoñito.

LUISA. Ah!

FAB. Habia por consiguiente á aquellas horas tres enamorados quemando incienso debajo de los balcones de esta casa. Cada cual asegura estar autorizado para rendir á su ídolo tal homenaje. De aqui explicaciones, altercados, disputas, insultos, y por último dos desafios.

LUISA. Qué horror!

FAB. Buscamos floretes, y á la luz de la luna, tiqui-tiqui, hiero al señor de Espinosa, y Antoñito hace la gracia de pasarme á mí un brazo de parte á parte. Caigo, me cogen, me llevan á casa de mi tio y me meten á toda prisa en la cama, á tiempo que usted, señora, partia con su madre á la coronada villa, donde la esperaba el señor Sandoval.

LUISA. Pero ¿y mi carta?
FAB. La carta de usted?
LUISA. Aquella misma noche escribí á usted una carta comunicándole la repentina determinacion de mi madre. En esa carta le decia á usted que partiese en seguida á reunirse conmigo en Madrid: que estaba dispuesta á todo... en fin, mil locuras, que ahora recuerdo con vergüenza.
FAB. Y qué hizo usted de esa carta?
LUISA. La puse, como las demas, en el sitio convenido, segura de que usted acudiria á buscarla al dia siguiente.
FAB. Ya sabe usted que al dia siguiente me hallaba herido en cama.
LUISA. Entonces, esa carta...
FAB. Usted la puso dentro de aquella figura de porcelana, no es esto?
LUISA. Si.
FAB. Tal vez alguien la haya encontrado casualmente.
LUISA. Jesus! Si cayese en manos de mi marido... Oh! Usted no conoce á Guillermo... ¿Qué seria de mi? Esta habitacion ha permanecido cerrada...
FAB. Entonces, ahí debe estar aun.
LUISA. Y si hoy al limpiar los criados... Dios no lo permita... No me atrevo á mirar...
FAB. Yo lo veré. (Dirigiéndose hácia el foro.)
LUISA. No: usted no: (Corriendo á detenerle.) yo misma...
FAB. Permita usted... (Poniéndose delante de ella.)
LUISA. Caballero!
FAB. Alguien viene.
LUISA. Oh! mi marido.

ESCENA X.

DICHOS, DOÑA ANTONINA, GUILLERMO, DON BERNABÉ y DON ALEJO: á poco PABLO Y MATILDE: despues JUANA.

GUILL. (Se ha turbado.) (Observando á su mujer.)
FAB. Mi señora doña Luisa está un poco agitada de resultas de nuestra conversacion.
LUISA. En efecto... el señor don Fabian me hablaba...
GUILL. De qué? (De pronto, como para sorprenderla.)

LUISA. De sus pretensiones con respecto á Matilde. (Reponiéndose.)

GUILL. Ah!

FAB. Pues: de mis proyectos de matrimonio.

GUILL. Y en qué han quedado ustedes?

FAB. Es negocio concluido: verdad, señora?

LUISA. Enteramente concluido.

FAB. (Bravo!)

LUISA. Este caballero se ha hecho cargo de la razon, y desiste de su empeño.

GUILL. Ah!

FAB. Cómo! Poco á poco señora... no he dicho tanto.

GUILL. (Él insiste... Ella no quiere que se case.)

MAT. Pero dónde te escondes esta mañana, hermanita? (Saliendo por el foro seguida de Pablo.) Ah! (Reparando en Fabian.)

ANT. (Venia con ella.) (Por Pablo.)

PAB. (Oh! mi cancerbero.) (Por Antonina.)

GUILL. El señor don Fabian de... (Presentándole á Matilde.)

BERN. Castro...

MAT. Caballero... (Saludando.)

FAB. Señorita... (Id.)

MAT. (Calla! el del quitasol.)

FAB. (La niña de esta mañana.) (Doña Antonina habla en voz baja con Pablo: Matilde con don Bernabé y don Alejo: Fabian, Guillermo y Luisa forman otro grupo aparte.) Pues iba diciendo que no he desistido tan resueltamente como usted supone; y ahora despues de haber visto á esa señorita, suplico á ustedes ardientemente que me permitan procurar grangearme su afecto.

GUILL. Permitido.

LUISA. Pero...

GUILL. Lo dicho. (Resueltamente, y mirando con enojo á Luisa.)

LUISA. Oh! (Intimidada y dejándose caer en un sofá. Guillermo se acerca á Matilde y habla en voz baja con ella.)

PAB. (Caramba! Hay para dar un estallido!) (Hablando con doña Antonina.)

ANT. Si, señor; si, señor: le prohibo á usted terminantemente que hable con la señorita Matilde.

PAB. Oh! (Separándose de ella y dejándose caer en un sillon.)

MAT. Qué me dices, Guillermo? Yo no quiero casarme con ese hombre.

GUILL. Por qué?
MAT. Toma, porque no. (Siguen hablando en voz baja.)
BERN. Qué hay? (Acercándose á Fabian.)
FAB. Que no hay nada.
BERN. Quién se opone, él ó ella?
FAB. Ella.
LUISA. Ah! (Levantándose y yendo hácia el foro, en tanto que todos los demas estan distraidos.)
FAB. Y vaya si me ha gustado la niña. Ah: ya es mia! (Reparando en Luisa)
BERN. Cómo?
FAB. No has visto alguna vez á dos cazadores acechando la misma perdiz?
BERN. Y qué?
FAB. Mira aquella figura de porcelana. La perdiz esta allí.
BERN. Allí hay una perdiz? (Con extrañeza.)
FAB. Veremos cuál de los dos... Oh! se atreve á levantarla. (Viendo á Luisa levantar la figura.) Llegaré tarde. (Va hácia donde está Luisa precipitadamente.

ESCENA XI.

DICHOS y SUSANA.

SUS. Es la hora que os dije y aqui me teneis. (Entrando alegremente por el foro en traje de campo muy elegante.)
TODOS. Oh! (Volviéndose hácia el foro.)
LUISA. (Qué fatalidad!) (Apartando rápidamente la mano de la figura.)
FAB. (Respiro!)
SUS. Oh, cuántos amigos. Qué tal desde ayer, Luisa? Has descansado? (Besa á las mujeres y dá la mano á los hombres.)
LUISA. Si: gracias.
SUS. (Está triste.) Y tú, Matilde?
MAT. Sí: gracias.
SUS. (No está alegre.) Y usted?
GUILL. Tambien, gracias.
SUS. (Está como siempre.) Señora... D. Bernabé... Don Alejo...
FAB. (Ahora me toca á mí.) (Acercándose á la chimenea.)
BERN. Siempre tan hechicera.
ALEJO. Y tan bondadosa.
ANT. (Le prohibo á usted que dé la mano á...) (Bajo á Pablo.)

SUS. Y usted, caballerito, que tal? Se acuerda usted mucho de Madrid? (Alargándole la mano. Doña Antonina le hace señal de que no la tome.)

PAB. Señorita! (Sin atreverse á tomar la mano de Susana.)

SUS. (Parece tonto.) (Retirando la mano.)

LUISA. Ah! (Viendo á Fabian que está levantando la figura.)

SUS. Qué?

LUISA. Que no te hemos presentado al señor don Fabian.

FAB. (Me pilló.) (Soltando rápidamente la figura.)

LUISA. El señor don Fabian de Castro.

FAB. Señorita... (Saludando.)

SUS. (Aqui sucede algo).

BERN. Ha estado en América, en Asia, en la Oceania... qué sé yo... en las cinco partes del mundo.

SUS. Qué felices son los hombres! Vaya usted á hacer tales correrías con faldas. Y entre todo lo que usted ha visto por esos mundos de Dios, qué es lo que le ha parecido mas curioso? (Susana se sienta á la derecha y hace que Fabian tome asiento á su lado. Bernabé y Alejo permanecen de pie, apoyados en las sillas que ocupan Susana y Fabian. Guillermo estará tambien sentado á la derecha, pero un poco distante de los demas. Doña Antonina se sienta en el sofá y hace señas á Pablo de que se separe de Matilde y se acerque á ellla. Pablo obedece de mala gana. Doña Antonina le tira del faldon del gaban y le obliga á sentarse á su lado. Matilde lo observa y se sienta tambien en el sofá, quedando Pablo en medio de las dos. Doña Antonina hace un gesto de desagrado y Pablo manifiesta su alegria. Luisa se acerca á la chimenea buscando ocasion de sacar la carta de la figura sin que nadie lo note. Durante toda esta escena, Pablo se vuelve varias veces hacia Matilde para oir lo que esta quiere decirle, pero al punto tiene que volverse hacia Antonina, que le tira del brazo.)

FAB. Nada he hallado tan digno de estudio como la mujer.

SUS. Y usted la habrá estudiado sin duda con grande afan?

FAB. Como Bernabé los insectos.

SUS. Con que nosotras somos para usted una cosa asi como pajarracos de la historia natural?

FAB. Precisamente decia hace poco á la señora de Sandoval... (Llamando la atencion hácia Susana para obligarla á apartarse de la chimenea.)

LUISA. Qué? Hablaban ustedes de mí? (Asustada y acercándose á Fabian.)

FAB. Con efecto. (Yendo á buscar una silla y ofreciéndosela.) Pero sírvase usted sentarse.

LUISA. Gracias. (Con despecho. Se sienta.)

MAT. Quieren casarme con don Fabian. (Hablando con Pablo.)

PAB. No lo permitiré... ¡Ay! (Volviéndose hácia Antonina, que le ha tirado un pellizco.)

ANT. Es usted un libertino.

FAB. Le decia que las mujeres son unos pájaros muy semejantes á los cuervos, de los cuales se dice con exactitud, cria cuervos y te sacarán los ojos.

SUS. Y esa es regla general?

FAB. En Jaba y Borneo creí en dos excepciones y me costó estar envenenado dos veces. Por eso cuido mucho de no dar un solo paso sin llevar conmigo un contraveneno.

BERN. Y qué contra veneno llevas aqui?

FAB. Como aqui no se usan verdaderos venenos, para defenderme de una intriguilla, de una perfidia, de una calumnia, no necesito mas que un objeto cualquiera... un objeto con que pueda intimidar y tener siempre en jaque á mis enemigos, quiero decir á nuestras enemigas: por ejemplo, una carta.

LUJSA. (Quiere apoderarse de mi carta.)

SUS. (Se trata de una carta). (Observando á Fabian y á Luisa.)

ALEJO. Cómo! Usar de tales armas contra una mujer!

FAB. Advierta usted que no he hablado de ataque sino de defensa. Allí donde seria infame esgrimir una espada, es legítimo ampararse de un escudo. En todos los pueblos de la tierra...

BERN. Verá usted como ahora nos habla de los chinos. (A Susana.)

FAB. Y por qué no? Los chinos han sido y siguen siendo nuestros maestros en muchas cosas. Prescindiendo de otras mas importantes, recordemos tan solo sus tejidos de seda, sus porcelanas... Casualmente aqui tienen ustedes una figura preciosa. (Yendo hacía el foro y cogiendo la figura. Luisa se levanta sobresaltada.)

LUISA. Caballero! (Sin poder dominarse.)

FAB. No tema usted: en mis manos está segura.

LTISA. Déme usted acá. Tiene mucho polvo. (Queriendo quitarle la figura.)

FAB. No permitiré... (Aqui esta la carta.) (Metiendo la mano por el hueco de la figura.)

LUISA. Con este pañuelo... (Sacando un pañuelo y haciendo ademan de querer sacudir el polvo á la figura.)

FAB. No: mil gracias. Con un par de soplos... (Retirándose como para soplar con el fin de quitar el polvo á la figura.)

LUISA. (Dios mio!)

SUS. (Tu esposo te mira.)

LUISA. (Si supieras!..) (La carta cae al suelo y Fabian le pone un pié encima.) Ah!

SUS. (Una carta. No me habia equivocado.)

GUILL. (Mi mujer tiene algo.)

FAB. Veo que está usted con el alma en un hilo. Tome usted. (Dándole la figura.)

LUISA. (Es usted un infame.)

FAB. (Necesitaba este escudo.)

GUILL. (Algo se han dicho.)

JUANA. (Desde la puerta del foro) Cuando ustedes gusten.

SUS. Al comedor, señores.

ANT. (Le prohibo á usted que se siente al lado de la señorita Matilde.)

PAB. (No hay mas; un dia la ahogo.)

ANT. (Le prohibo á usted...)

ALEJO. Señora... (Ofreciéndola el brazo.)

ANT. (Impertinente.) (Tomándole. Ambos se van por el foro.)

BERN. Quiere usted apoyarse? (A Luisa.)

LUISA. Gracias. (Dios mio!) (Apoyándose en el brazo de don Bernabé. Vánse tambien por el foro.)

PAB. (Ahora no me vé.) Señorita... (A Matilde.)

MAT. Con mucho gusto. (Cogiéndose del brazo de Pablo apresuradamente. Vánse por el mismo sitio.)

SUS. Caballero, tendrá usted la bondad de ofrecerme el brazo?

FAB. Perdone usted, se me habia caido...

SUS. Qué cosa?

FAB. El pañuelo. (Dejándolo caer.)

SUS. Devuélvala usted de bien á bien.

FAB. Qué cosa?

SUS. La carta.

FAB. Imposible: es mi contraveneno.

GUILL. (No se conocian y se hablan en secreto.)

SUS. Le haré á usted devolverla por fuerza.

FAB. A qué no?

SUS. Lo veremos.

GUILL. (Vendrá por Matilde, por Luisa ó por Susana?)

SUS. (Guillermo nos observa... Silencio!) Pero usted se está aqui por nosotros. (Acercándose con jovialidad á Guillermo.)

FAB. (Triunfé.) (Cogiendo el pañuelo y la carta.)

SUS. (Riéndose.) Á que no acierta usted lo que me estaba diciendo? Que sabe comer con palitos como los chinos. Vamos? (Aceptando el brazo que la ofrece Fabian,)

GUILL. (Yo lo descubriré todo.) (Guillermo se dirige al foro y aguarda en la puerta á que salgan Fabian y Susana.)

FAB. Con que guerra?

SUS. Guerra.

FAB. Á muerte?

SUS. Á muerte. (Salen por el foro, seguidos de Guillermo.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

El aposento de Fabian en casa de don Bernabé. A la derecha, en primer término, una puerta revestida del mismo papel que las paredes de la habitacion: otra al mismo lado en último término más pequeña que las demas: á la izquierda, una chimenea encendida, y mas allá otra puerta. En el fondo una ventana y dos grandes estantes con libros: entre los estantes y debajo de la ventana, una mesita con un candelero: á la derecha, una mesa de escribir cubierta de libros, carteras, papeles, etc., etc.: junto á la chimenea un velador con un cajon de cigarros, una lámpara, un canastillo lleno de cartas, tarjetas, etc., etc. Distribuidos convenientemente, habrá en la escena, una momia de pie dentro de su ataud: un tigre, cocodrilos, loros y otros animales embalsamados: un cuadro de insectos, objetos de mineralogia, plantas exóticas, vasos y otros objetos asiáticos de barro y porcelana, una panoplia con armas de distintos paises, un aparato con pipas de varias dimensiones: pieles tendidas en el suelo, utensilios de viaje, un sofá, butacas, sillas, taburetes, etc.

ESCENA PRIMERA.

FABIAN solo: á poco un CRIADO.

FAB. (Aparece sentado delante de la chimenea con bata y gorro de pieles, metidos los pies en un calentador de lo mismo. La chimenea estará encendida.) Por vida mia que no hay un clima parecido á este! Vaya un otoño divertido! Antes de almorzar hacia un calor propio del Senegal; y dos horas despues, un frio semejante al de la Laponia! (Echando un leño al fuego) Esto es insufrible! (Suenan tiros á lo le-

jos.) Hola: parece que esos señores cazan por aqui cerca. Buen provecho! (Al Criado, que sale.) Qué es eso? No he llamado.

CRIADO. Esta carta han traido para usted y aguardan respuesta.

FAB. Ah, de mi tio. Me dirá lo de siempre... Todos los dias me escribe: «Tunante, has encontrado ya mujer?» (Leyendo.) «Tunante, has encontrado ya?...» Eso es... Quinta edicion! (Echa la carta al fuego.) Dí que llevaré la respuesta en persona, y ensíllame el caballo para dentro de un rato.

CRIADO. Está bien, señorito. (Váse.)

FAB. Un cuarto de hora para ir y otro para volver. Prefiero dar ese paseo á ponerme ahora á escribir. (Tomando un cigarro del cajon y encendiéndole.) Veremos cómo se compone usted, encantadora Susanita, para apoderarse de la carta. Si usted es sagaz, yo, á Dios gracias, nada tengo de tonto. Cien maneras habia de poner á buen recaudo el dichoso papel. Por de pronto llevarle siempre conmigo de dia y de noche. Lo que es de noche parece probable que esa señorita no hubiera venido á quitármele, pero de dia, quién sabe lo que ella hubiera hecho por salirse con la suya. Ocultarlo en el forro del sombrero es medio muy poco seguro, segun me consta por experiencia. En semejante sitio escondí en Amsterdam la epístola amatoria de una preciosa rubia; y habiendo cometido la imprudencia de dejarme olvidado el sombrero en la habitacion del marido, éste se apoderó de él valerosamente, y le usó como suyo, sin que yo osara reclamárselo. Desechada la idea de llevar el papel conmigo me quedaba todavia el recurso de esconderle aqui en algun mueble, y el de confiársele á un amigo. Amigo, no tengo otro que Bernabé, el cual está casado, y como todos los casados es un compuesto de hombre y mujer, de quien no debe uno de fiarse. La habitacion y los muebles no son mios, y por consiguiente, no me ofrecian seguridad ninguna. Y véase cómo un problema que parece sencillísimo en teoria, llega á ser en la práctica muy difícil. Dejando aparte la modestia, creo que otro cualquiera se hubiera visto un poco apurado en este lance. Y he de confesar que siento cierta satisfaccion, cierto orgullo al considerar que he sabido

esconder la carta en el único sitio donde nadie ha de ir á buscarla En... (Llaman á la puerta de la izquierda.) Adelante.

ESCENA II.

FABIAN, PABLO.

FAB. Calla! es usted, amiguito? No ha ido usted de caza?

PAB. No; caballero. (Muy cortado y queriendo aparentar mucha energia.)

FAB. Ah, ya comprendo. Doña Antonina habrá temido que le suceda á usted algo. Vaya, siéntese usted, y tome un cigarro.

PAB. Gracias, caballero: no fumo. (Sentándose.)

FAB. Es verdad que á doña Antonina no le gusta el humo del tabaco.

PAB. Vengo aqui para tratar con usted de un asunto muy serio.

FAB. Ah! (Sentándose tambien.)

PAB. Sé que ha pedido usted la mano de la señorita Matilde.

FAB. Con efecto...

PAB. Pues bien, caballero; no debo ocultarle á usted que amo á esa señorita. Insiste usted en sus pretensiones? Si ó no?

FAB. (Dígole á usted que me hace gracia el mocito.) Si, señor: insisto.

PAB. Entonces, caballero, es preciso que riñamos.

FAB. Preciso?

PAB. Creo haberlo dicho ya.

FAB. Corriente. Pero como hay mil maneras de reñir, suplico á usted que me diga cuál prefiere.

PAB. Eso, á usted le toca decidirlo.

FAB. No le ocultaré á usted que la usanza del Japon me enamora.

PAB. Convenido: reñiremos á la usanza del Japon. Tendré el honor de enviarle á usted mis padrinos, y... (Levantándose.)

FAB. Qué! si es inútil. A la usanza del Japon, el negocio puede zanjarse sin testigos, á puerta cerrada y ahora mismo, si usted gusta. (Se dirige á la panoplia.)

PAB. Estoy á las órdenes de usted. (Dejando el sombrero y qui-

tándose los guantes.)

FAB. Aqui tiene usted dos *kriss:* elija usted. (Presentándole dos *kriss* malayos.)

PAB. Y qué es esto?

FAB. El arma de que hemos de valernos. (Pablo toma uno de los dos *kriss*.) Y ahora tenga usted la bondad de empezar. (Se sienta.)

PAB. Que empiece? (Se vuelve con el hierro en la mano como para acometer á Fabian, pero se detiene con sorpresa viéndole sentado.)

FAB. Naturalmente. Siendo usted el provocador, á usted le toca empezar.

PAB. Y usted?

FAB. Yo despues.

PAB. Pero qué he de hacer?

FAB. Toma! Rasgarse el vientre.

PAB. Eh! Qué dice usted? (Retrocediendo.)

FAB. Esta es la usanza del Japon. Regla invariable: el provocador se rasga el vientre delante del provocado, y este hace lo mismo despues. Usted es el provocador: con que empiece usted: yo, allá voy en seguida.

PAB. Se burla usted de mí, caballero? Aquí no estamos en el Japon, sino en España; y la tal usanza es absurda.

FAB. Cuestion de gustos. Á mí el sistema de por acá es el que me parece malo. Supongamos que reñimos á la española: yo le mato á usted...

PAB. Eh!..

FAB. Si, yo le mato á usted de fijo; y despues no solo me caso, sino que me caso con mayor tranquilidad de espíritu que si usted viviera. Con que vea usted si el sistema es disparatado. Pues supongamos ahora que reñimos al estilo japonés. Usted se rebana la panza; yo tambien: usted no se casa, es verdad; pero yo tampoco, y asi nada tiene usted que temer.

PAB. Usted me trata como á un niño, caballero.

FAB. No, sino como á un amigo. (Levantándose y tendiéndole la mano.) Y para concluir, diré á usted que entrambos sistemas son igualmente malos. El hombre que lava con sangre su honor, puede decir como Diógenes al salir de un baño sospechoso: «Dónde vá á uno á lavarse cuando sale de aqui?» Lo que parece bien en todos los tiempos y lugares, en todas las edades y condiciones

de la vida, es la lucha cortés y leal, la de la inteligencia y el corazon; la que yo le propongo á usted. Matilde en su dia elegirá entre los dos; el vencido tomará el portante y en paz.

PAB. Y cuánto tiempo ha de estar usted galanteándola?

FAB. No me regatee usted el tiempo. Usted no es todavía mayor de edad; no tiene usted aun el consentimiento de su tutor... y me parece que no le tendrá nunca.

PAB. Nunca? y por qué?

FAB. Por qué?

ANT. Don Fabian. (Dentro, llamando á la puerta de la izquierda.)

FAB. Ahí tiene usted el por qué?

MAT. Se puede entrar? (Dentro.)

FAB. Adelante, señoras. No es cosa de presentarme con esta facha. (Váse por la puerta de la derecha de primer término.)

ESCENA III.

PABLO, DOÑA ANTONINA y MATILDE.

MAT. (Aquí está.) (Por Pablo.)

AMT. Y don Fabian? (Buscando á Fabian.)

FAB. Disimulen ustedes: estoy vestido de oso y no quiero asustarlas. (Dentro.)

ANT. Usted es el que ha de perdonarnos la libertad; pero creiamos encontrar aqui á todos esos señores. Á esta hora nos han dicho que vendrian á ver su museo de usted.

MAT. Qué cosas tan bonitas! Ay!.. qué es eso? Una momia. (Asustada al ver la momia.)

ANT. Ya sabe usted que no quiero que se trate con don Fabian. (Á Pablo, mientras Matilde está ocupada en mirar lo que hay en la habitacion.) Es un mal sujeto.

PAB. Usted no quiere que me trate con nadie. Ya me ha prohibido usted hablar con don Fabian... con la señorita Susana... con la señorita Matilde...

ANT. Con esa, sobre todo! Y le prevengo á usted que si no muda de conducta, dispondré que salga esta misma tarde para Barcelona.

PAB. Por vida! Es mucho cuento!

MAT. Pablo... (Llamándole desde el foro.)

ANT. Con que lo dicho. Á ver si desde este momento no ha-

ce usted caso de nadie... mas que de mí. (Se sienta á la izquierda.)

Pab. (Pero por qué me tendrá tanta ejeriza esta mujer?)

Mat. Vaya, caballero... es necesario venirle á usted á buscar. Ah; ya comprendo. Doña Antonina le habrá prohibido á usted que me hable. No es eso? (Bajo á Pablo.)

Pab. Señori...

Ant. Pablo. Deme usted un taburete para los pies.

Pab. Voy allá. (Vá á buscarle.)

Mat. Le prohibo á usted que se le dé. (Bajo á Pablo, sentándose á la derecha.)

Pab. Pero... (Con el taburete en la mano.)

Mat. Y póngamelo usted aqui al momento. (Señalando á sus pies.)

Ant. Pablo, no ha oido usted? Un taburete.

Pab. (En medio de la escena con el taburete en la mano.) Perdone usted... no encuentro ninguno.

Ant. Pues si le tiene usted en la mano.

Pab. Es verdad... (Mirando á Matilde, que le enseña los pies.) Pero como esta señorita habia pedido tambien... (Yendo hácia Matilde.)

Mat. Oh, si esa señora le quiere, désele usted, Pablo, désele usted. (Pablo vá hácia doña Antonina.)

Ant. Gracias, Matildita... (Con ironia.) Es usted muy amable... (Rechazando á Pablo, que vuelve h cia Matilde.)

Mat. Yo no he de tomarlo antes que usted. Sé muy bien el respeto que se debe á los mayores. (Rechazando á Pablo, que vuelve otra vez al lado de doña Antonina.)

Ant. Ay, hija mia, no soy tan vieja que deba aceptarlo por esa razon. (Pablo vuelve al lado de Matilde.)

Mat. Acéptele usted entonces como un obsequio que le hace, con mi permiso, este caballero.

Ant. (Con su permiso!... Habráse visto la muy descarada!) (Levantándose.)

Mat. (Tómate esa!) (Levantándose tambien.)

Ant. Partirá usted esta misma tarde. (Á Pablo en voz baja.)

Pab. Pero... (Yendo hácia Matilde.)

Mat. No le responda usted. (Bajo á Pablo.)

Pab. Entonces... (Desesperado.) Caramba! (Sentándose en el taburete.)

ESCENA IV.

DICHOS, DON BERNABÉ, DON ALEJO en traje de caza con escopetas, SUSANA y FABIAN.

BERN. (En el umbral de la puerta con don Alejo.) Aqui estamos todos.

FAB. Oh señoras... (Saliendo por la puerta de la derecha de primer término en traje de calle.)

SUS. Ya vé usted, amigo mio, que tomo sérias precauciones para venir á verle. Una visita domiciliaria con fuerza armada! Temia que no me dejase usted entrar!

FAB. Responderé á usted al estilo oriental, que por todas partes puede entrar un rayo de sol.

MAT. Y la que no es rayo de sol, caballero?

FAB. Lo mismo dá si es perfume de rosa.

MAT. Aprenda usted á ser galante. (A Pablo.)

PAB. No me faltaba mas sino que usted tambien...

ANT. Pablo! (Llamándole imperiosamente. Pablo hace un gesto de rabia y se retira hacia el foro.)

FAB. Yo les hacia á ustedes cazando. (Á D. Bernabé y á Don Alejo.)

ALEJO. Estamos en un entreacto.

FAB. Y qué han matado ustedes hasta ahora?

BERN. Ps... Entre los dos... hemos matado un perro !

FAB. Y el señor Sandoval?

ALEJO. Por ahí se ha quedado. No sé qué tiene desde esta mañana.

FAB. Y su señora, no ha salido con usted?

SUS. No: está un poco indispuesta.

ANT. Es preciso que Pablo parta á Barcelona antes de que oscurezca; y que no vuelva hasta que yo lo disponga. (A Bernabé.)

BERN. Por qué?

ANT. Tengo mis razones; entiendes? y no hay que replicarme!

BERN. Corriente, mujer, partirá. (Habrá hecho alguna travesurilla. Pero bien podia el muy tonto evitar que Antonina se enterase!...) Qué bruto eres, hombre!

PAB. Eh?

BERN. Vas á marchar en seguida á Barcelona. Es preciso. Y

no vuelvas hasta que yo te avise. Anda á hacer el cofre. (Severamente.)

PAB. (Se empeñó! Pero cómo me aborrece esa bruja!

BERN. No has oido?

PAB. Si. (Pues yo no me voy.) (Váse por la puerta de la izquierda.)

ESCENA V.

DICHOS, menos PABLO.

SUS. Admirable museo! (Examinando los objetos que hay en la habitacion.) Vea usted qué preciosas conchas. (Á doña Antonina.)

FAB. Son un recuerdo de una dama de *Honolulu.*

ANT. Esto seria una pulsera?

FAB. No: un vestido. (Á media voz á Susana y doña Antonina, recatándose de Matilde.

ANT. Vaya, caballlero, que tiene usted unas cosas!.. (Como ruborizándose.)

SUS. (Cuánto melindre!)

MAT. Nos vamos ya, Susana?

ANT. Si; vamos cuando usted guste. (No me separo de ella hasta que Pablo se haya ido.)

ALEJO. Y nosotros vamos á seguir cazando?

BERN. Si; vamos á matar otro perro.

ANT. (Cuidado que Pablo se ha de ir esta tarde.) (Bajo á don Bernabé.)

MAT. Caballero!.. (Saludando á Fabian y dirigiéndose á la puerta por donde salió Pablo.)

ANT. Saliendo por esta otra puerta se gana terreno para ir á su casa de usted. (Abriendo la puerta de la derecha de segundo término, á la cual se dirige Matilde de mala gana.)

MAT. (Qué tabardillo!) No vienes? (Á Susana.)

SUS. Si, anda, que allá voy en seguida. (Doña Antonina y Matilde vánse por la puerta de la derecha.)

BERN. } Hasta luego. (Dirigiéndose á la puerta de la izquierda.)
ALEJO. }

SUS. Caballero... me alegro mucho... (Saludando como para retirarse, y dirigiéndose hácia la puerta de la derecha.)

FAB. Señorita... (Saluda á Susana, y vá á cerrar la puerta de la izquierda, por donde han salido don Bernabé y don Alejo. Susana cierra apresuradamente la puerta de la derecha, y vuelve hácia el proscenio. Fabian se sorprende al verla.)

ESCENA VI.

FABIAN y SUSANA.

SUS. De verle á usted bueno. (Sentándose á la derecha, y acabando la frase.)

FAB. Ah! Creí que se daba usted por vencida.

SUS. Antes de pelear?... Oh, usted no me conoce. Sepamos: conserva usted todavia la carta en su poder?

FAB. Oh, si señora.

SUS. Entonces, antes de venir á las manos, podriamos entablar algunas negociaciones diplomáticas.

FAB. Convenido. (Sentándose á la izquierda.) Se abre la conferencia.

SUS. (Tose como para prepararse á hablar, y remeda con su aspecto y su tono, la gravedad y circunspeccion de un diplomático.) Empezaremos apelando al honor de nuestro adversario, y le preguntaremos, si las leyes de la mas vulgar probidad le consienten conservar una carta que ha... Cómo diremos?

FAB. Robado.

SUS. Oh, eso es poco diplomático! Digamos sustraido, del lugar en que estaba. Aguardamos una contestacion.

FAB. Hablemos de buena fé. Aquella figura de porcelana representa en este caso el buzon del correo; y el punto sobre que versa la cuestion, es el siguiente: una carta echada ya al correo, ¿pertenece á la persona que la ha escrito, ó á la persona á quien vá dirigida?

SUS. Á la persona que la ha escrito.

FAB. Á la persona á quien vá dirigida.

SUS. Supongamos que á las dos.

FAB. Entonces es mia.

SUS. Si; pero tambien es nuestra.

FAB. El dia que me case con la señorita Matilde, ó bien me vea precisado á renunciar á su mano, despidiéndome para siempre de la señora de Sandoval, quemaré esa carta á sus propios ojos.

SUS. Dígame usted si es ese su ultimatum.

FAB. Si, señora; mi ultimatum.

SUS. Pues suenen cajas y clarines. Yo le obligaré á usted á quemar la carta delante de mí.

FAB. Aqui está; y si usted la encuentra puede quemarla por sí misma.

SUS. No quedaria satisfecha si no consiguiera que usted la quemase por su propia mano, ahí, en esa chimenea.

FAB. Si usted consigue lo que acaba de decir, no solo desistiré de casarme con la señorita Matilde, sino que esta misma noche partiré á buscar esposa á las islas Marquesas.

SUS. Lo jura usted?

FAB. Lo juro por mi honor.

SUS. Pues desde este mismo instante voy á empezar á bloquearle á usted en toda regla. Cuente usted con que me tendrá siempre á su lado, con que seré su sombra, con que no le dejaré sosegar un solo momento; hasta que aburrido y desesperado, no pudiéndome ya resistir, exclame usted un dia: «Oh, qué maldita mujer: quemaré la carta, y que se vaya con mil demonios!»

FAB. Oh señorita, no creo que se le haya amenazado nunca á nadie con tan dulce y deleitable suplicio. Está usted en su casa: siéntese usted en este sillon: ahí tiene usted libros, mil objetos curiosos, y entre ellos los insectos de Bernabé. Puestas quedan las llaves en todas las cerraduras. Puede usted ir, venir, abrirlo todo, registrarlo todo, revolverlo todo; y ojalá que mientras que yo hago una visita inexcusable á un señor tio que Dios me dió, logre usted pasar el tiempo agradablemente: ojalá que al volver la halle á usted aqui todavia, animada del mismo propósito de no apartarse de mi lado.

SUS. Pero...

FAB. Repito que queda usted dueña de todo... y hasta la vuelta. (Váse por la izquierda.)

ESCENA VII.

SUSANA, sola.

Y se vá! Es una descortesia... pero que no deja de tener gracia. Dónde la habrá metido?... (Llaman á la puertecilla de la derecha.) Cómo; tan pronto!... No... Llaman á esa puertecilla que dá al jardin. (Óyense golpes repetidos.) Quién será? Vea usted á lo que una se expone por hacer un favor. (Abre.)

ESCENA VIII.

SUSANA y LUISA.

LUISA. Estás sola; verdad? (En el umbral de la puerta.)

SUS. Luisa!

LUISA. (Cerrando la puerta.) Devorada de impaciencia, me he dirigido á esta casa con la esperanza de hallarte en el camino; pero habiendo visto salir á ese... caballero, y segura de que tú aun estabas aqui...

SUS. Imprudente! Si Guillermo te hubiese visto ó doña Antonina... que es la caridad en persona...

LUISA. Bah!... no estamos aqui las dos? Te la ha dado? (Dejando en el sofá el pañuelo que trae puesto.)

SUS. La carta? No. Se niega á devolverla.

LUISA. Ay, mi querida Susana, qué desgraciada soy!

SUS. Pero está escondida en este cuarto.

LUISA. Búscala por Dios: búscala bien. Ya ni siquiera me atrevo á mirar á mi marido: me parece que lo ha adivinado todo; que todo lo sabe.

SUS. Pobre Luisa! Qué leccion para las solteras! Si ellas viesen lo que te está haciendo pasar un pedacillo de papel!

LUISA. Yo te aseguro que no caerian en la tentacion de escribir á nadie.

SUS. Pues no es mejor hablar?

LUISA. Ya ves!..

SUS. Vamos: por medida de buen gobierno deberia prohibirse que las mujeres aprendiesen á escribir.

LUISA. No hay tiempo que perder, busquemos la carta.

SUS. Yo ya la estoy buscando. (Se sienta y reclina en el sofá.)

LUISA. Cómo?

SUS. Con la cabeza, segura de lograr con ella más que con las manos.

LUISA. Oh, es preciso mirar por todas partes, escudriñarlo todo... (Muy impaciente.)

SUS. Empieza. Estoy autorizada para hacer aqui cuanto se me antoje.

LUISA. Si? (Con alegria.)

SUS. Si; pero mi sistema es diferente del tuyo.

LUISA. Y qué, vas á quedarte ahí sentada? (Registrando por encima de la mesa y dejando caer al suelo varios de los libros y

papeles que hay en ella.)

SUS. Mira, Luisa: la naturaleza, que nos jugó una mala partida al hacernos mujeres, nos dió como á las mariposas, por via de indemnizacion, un sexto sentido. Has mirado de cerca alguna vez las mariposas?

LUISA. Qué sé yo? Á que viene ahora?...

SUS. Tráeme aquel cuadro.

LUISA. Con qué objeto?

SUS. Es la coleccion de mariposas de don Bernabé.

LUISA. Estará ahí la carta? (Cogiendo y trayendo á Susana el cuadro que le ha señalado.)

SUS. Obsérvalas bien. Lo ves? En la cabeza tienen dos cuernos muy largos... muy largos... que les sirven para sentir y palpar desde lejos.

LUISA. Bueno: y qué?

SUS. Que nosotras las mujeres tenemos tambien alrededor de la cabeza cuernecitos de oro, tan delgados que nadie los vé, y tan largos que á todas partes llegan. Los unos que son retorcidos sirven, ademas, para enredar á los hombres, y los otros, que son puntiagudos, para cegarlos.

LUISA. Y con esos cuernos piensas encontrar la carta? (Quitando el cuadro á Susana y tirándolo en el sofá.) Oh! confio más en mis manos. (Desde este momento Luisa empieza á registrar apresuradamente por todas partes: separa de su sitio varios muebles y animales embalsamados, dejando caer algunos: levanta las pieles que hay en el suelo: vuelca los cestillos de las conchas: sacude los libros y carteras como para ver si de entre sus hojas se desprende la carta: abre los cajones de la mesa y la cómoda y saca y tira al suelo muchos papeles y ropa, poniéndolo todo en el mas completo desórden.)

SUS. Busca, busca; registra tambien los cajones de la mesa y la cómoda: y cuenta con la boca de ese lagarto, y el hueco de aquella guitarra. Qué tonteria!

LUISA. Bien: déjame á mí.

SUS. Bueno se vá á encontrar el cuarto el pobre don Fabian.

LUISA. Si la habrá metido dentro de algun libro? (Señalando á los estantes.)

SUS. Muchos hay, y registrarlos uno á uno seria operacion demasiado pesada.

LUISA. Es verdad!

SUS. Mira ese papel doblado que hay debajo de un pie de la

mesa.

LUISA. Eso?

SUS. Pero no: déjalo.

LUISA. Por qué?

SUS. Porque los cantos estan muy rozados y sucios.

LUISA. Y ademas, ponerlo ahí á la vista de todo el mundo, hubiera sido una torpeza. (Cantinúa registrando por todas partes.)

SUS. En eso consistiria la gracia, por el contrario. Está visto, hija mia, que no sabes hacer uso de tus cuernecitos. Los hombres de talento no esconden las cosas como los tontos; y yo apostaria algo bueno á que si nosotras no damos con esa pícara carta, no es sino porque la tenemos delante de los ojos.

LUISA. Cá! nada! (Dejando de buscar.) Pero aqui hay otra habitacion.

SUS. No te detengas: (Riendo.) adentro, hija; este es pais conquistado.

LUISA. Pero y si volviese en tanto que yo... No importa. Defendiéndome uso de un derecho legítimo. (Váse por la puerta de la derecha.)

SUS. Dónde estará?... (Buscando con la vista á su alrededor.) No es él tan poco prudente que la haya dejado... aqui por ejemplo, debajo de este bronce. (Levantando un objeto de bronce de los que sirven para sujetar papeles en las mesas de escribir.) Nada! Y aqui en este canastillo... (Le registra. Papel de fumar... lacre... tarjetas .. cartas arrugadas y rotas. (Leyendo.) «Señor don Fabian de Castro...» (Leyendo otra carta.) «Señor de Castro.» Muy señor mio. (Declamando. Recorre con la vista otras varias cartas.) Aqui hay una que todavia conserva su sobre, lleno de sellos del correo. (Vá á dejarla con las que ya ha visto, y se detiene.) «Al señor don Fabian de Castro, (Leyendo el sobre.) en casa del reverendo Sir Edward. Isla de Owahu: en Honolulu.» Yo no sé dónde está Honolulu; pero ello es que debe estar muy lejos. Y qué poco pesa! (Mirando al trasluz la carta.) No es mas que un plieguecillo de papel muy delgado. Y no está escrito mas que por una cara. (Entreabriendo el sobre.) Quién le escribiria á Honolulu, haciéndole pagar sin duda, un dineral de porte, para decirle: «Celebraré que al recibo de esta se halle usted con la cabal salud que yo para mí deseo...» Y por qué razon con-

servará todavia esta carta? Por qué la tendrá aqui á la mano con otras recibidas recientemente? Cosa mas particular!... Luisa! (Llamándola.)

LUISA. No encuentro nada. (Dentro.)

SUS. Dime, hija; abultaba mucho tu carta?

LUISA. No: era un plieguecillo de papel, muy fino, en cuatro dobleces. (Dentro.)

SUS. Eso es... (Alto.) Papel blanco?

LUISA. No: azul... Lo ví esta mañana.

SUS. Este, azul es. (Vuelve á mirar entreabriendo el sobre.)

LUISA. Susana! Susana! Una caja llena de papeles!... (Dentro.)

SUS. Bueno, bueno; me alegro mucho. Veamos la letra. (Vá á sacar la carta del sobre y se detiene.) Poco á poco. Esto es un caso de conciencia! Puedo yo leer esta carta? Por qué no? Estoy autorizada para registrarlo todo. (Vuelve á querer sacar la carta y otra vez se detiene.) Sin embargo, la cosa es séria... Oh!... me parece que tengo calentura en los dedos!

LUISA. Ay, Susana mia, se acabó!... No es posible encontrarla... (Saliendo de la alcoba y muy apurada.)

SUS. Vamos: yo no tengo corazon para verla tan afligida. (Sacando la carta del sobre y enseñándosela á Luisa.) Dime, Luisa: qué te parece este papelito?

LUISA. Á ver... (Cogiendo el papel.) Jesus!... Si es mi carta! (Desdoblándola.)

SUS. Já! Já! Já!... (Riendo.) Qué te decia yo? Los cuernecitos hacen milagros.

LUISA. Qué felicidad! Es la misma! (Leyendo.) «Te amo y siempre te amaré...» Siempre te amaré! Si Guillermo hubiese llegado á ver esta carta...

SUS. Alguien sube por esa escalera. (Alarmada y en voz baja Llaman á la puerta de la derecha.)

LUISA. Quién será?

GUILL. No hay quien abra esta puerta? (Dentro llamando mas fuerte.)

SUS. Guillermo! Dáme! (Quitándole la carta.)

LUISA. Ay, Dios mio! Dónde me ocultaré?

SUS. Siempre lo mismo! A qué ocultarse? Quédate! (En voz baja y dirigiéndose á la puerta para abrirla.)

LUISA. Ay, no! Conoceria mi turbacion: adivinaria... (Guillermo llama mas fuerte.) Ah!.. en esta alcoba.

SUS. Quédate, mujer.

LUISA. No, no: imposible. (Váse por la puerta de la derecha y la cierra.)

SUS. Ah, torpe! (Con despecho. Abriendo la puertecilla de segundo término.)

ESCENA IX.

SUSANA y GUILLERMO, en traje de caza, con escopeta.

GUILL. Usted aqui?

SUS. Si, yo. (Con calma y risueña.) Qué modo de alborotar, primito!

GUILL. Sola? (Mirando á su alrededor.)

SUS. Si... (Sentándose junto á la mesa y haciendo como que se entretiene en ver unas conchas.) Estaba viendo esta coleccion de conchas. Mire usted qué bonitas son.

GUILL. Usted no estaba sola. Luisa estaba tambien aqui. (Dejando la escopeta apoyada en un brazo del sofá.)

SUS. Luisa! Y qué habia de hacer aqui Luisa?

GUILL. Nada bueno, seguramente.

SUS. Diga usted, Guillermo: le dan á usted esos arrechuchos muy amenudo? (Sin dejar de mirar las conchas.)

GUILL. Repito que estaba aqui.

SUS. Vamos: quizá se haya metido ahí debajo de la mesa.

GUILL. Susana: mi mujer (Volviendo al lado de Susana.) estaba muy conmovida despues de su entrevista con don Fabian, á quien conoció en otro tiempo. Luego se hablaron en voz baja? Qué se dijeron?

SUS. Se dirian probablemente que es usted un celoso inaguantable. (Levantándose con una concha en la mano.)

GUILL. Ese hombre me ha pedido la mano de Matilde sin haberla visto jamás. Este era sin duda un medio para introducirse en mi casa y poder engañarme. Oh! cuando pienso que ha querido burlarse de mi! Dígame usted que me equivoco: dígamelo usted cara á cara. (Asiendo violentamente á Susana de la mano en que tiene la concha.)

SUS. Pues si señor; cara á cara le digo á usted... Pero suélteme usted, que me está haciendo daño. (Guillermo le suelta la mano.) Mire usted. (Abriendo la mano y dejando caer hecha pedazos la concha que en ella tenia.)

GUILL. Perdóneme usted. Estoy ciego, loco. De repente he dejado la caza, he vuelto á la quinta y Luisa habia sali-

do. Llevaba conmigo á Cleopatra, una perra que quiere mucho á Luisa; y le he dicho: «busca á tu ama, Cleopatra: búscala, búscala.» (Remedando el tono con que se habla á un perro.)

SUS. Como si se tratara de una liebre...

GUILL. La perra ha echado á correr, y no se ha detenido hasta llegar á la puerta del jardin de esta casa... Luisa ha entrado aqui. Dónde está? Dónde está?

SUS. Eh! que me aturde usted los oidos. Qué sé yo dónde está? Llame usted á Cleopatra, y que ella la busque. Pues será poco bonito eso de cazar un marido con perros á su mujer.

GUILL. ¡Ah! Susana: ¡soy muy desgraciado! (Dejándose caer en una silla muy abatido.)

SUS. Diga usted que es un solemne bribon. Sospechar de una mujer tan buena como Luisa, tan amante de su marido...

GUILL. Si, me ama, lo sé; no puedo dudarlo... y sin embargo... Oh! (Dando un grito, y arrojándose sobre el pañuelo que Luisa dejó sobre el sofá.)

SUS. Ah! Qué le ha dado? (Retrocediendo asustada, sin adivinar la causa de la furia de Guillermo.)

GUILL. Dígame usted ahora que no ha estado aqui. Mire usted su pañuelo. (Enseñándoselo.)

SUS. (Su pañuelo!)

GUILL. Mírelo usted. Quién sino ella ha podido traerlo aqui?

SUS. Quién? Yo.

GUILL. Usted.

SUS. Yo, que para salir de la quinta me puse el primero que encontré á mano.

GUILL. Mentira.

SUS. Muchas gracias.

GUILL. Aqui debe estar todavia. Se habrá escondido. (Recorriendo la escena, y mirando por todas partes.)

SUS. Qué haré? (Colocándose delante de la puerta de la alcoba.)

GUILL. Esa puerta...

SUS. Dios mio!

GUILL. Ahí se ocultará.

SUS. (Estamos perdidas.)

GUILL. Ahí se ocultarán los dos. Paso! (Cogiendo la escopeta.)

SUS. Qué vá usted á hacer?

GUILL. Á vengarme.

Sus. Óigame usted...

Guill. Es preciso que yo mate á ese hombre, y á la pérfida que le ama.

Sus. Pues bien; máteme usted.

Guill. Eh!... Cómo?... Qué significa?...

Sus. La pérfida que ama á ese hombre, soy yo.

Guill. Usted?

Sus. Yo.

Guill. Será posible?... No acierto á comprender...

Sus. Por qué no he consentido yo jamás en casarme? Por qué he venido á este pueblo? Fabian y yo nos amábamos, hace tres años: partió creyéndome culpada de una abominable perfidia, y vuelve sin haberse desengañado. Luisa lo sabe todo, y hé aqui el motivo de su conducta. Si ese animal se ha detenido á la puerta de esta casa, es porque ha olfateado el pañuelo de su ama que yo habia traido puesto. Lo entiende usted ya? Qué más quiere usted que le diga?

Guill. Con efecto, ese hombre me ha dicho esta mañana que hace tres años...

Sus. Eso es: tres años.

Guill. Amó á una mujer.

Sus. A mí.

Guill. Y que despues por una traicion...

Sus. Aparente.

Guill. Ah, pobre Susana!... Nunca hubiera imaginado... Pero ya lo comprendo todo. Ese infame le debe á usted una reparacion. Pues bien: se casará con usted.

Sus. (Conmigo! Dios me libre.) Todo cuanto usted hiciera seria inútil.

Guill. Lo veremos. Corro ahora mismo en su busca...

Sus. Ah, no por Dios! Pronto debe volver aqui, le hablaré otra vez y acaso...

Guill. Enhorabuena. Pero si antes de la hora de comer no ha logrado usted convencerle!... (Hablando con aturdimiento y muy de prisa.) Y yo que sospechaba de mi pobre Luisa! Qué peso me ha quitado usted del corazon! Soy muy feliz, y en breve lo será usted tambien. Porque no hay remedio; una de dos: se casa, ó le mato. Oh, ¡señor don Fabian, ya verá usted para qué ha nacido! Arriba, Cleopatra. (Abriendo la puertecilla de la derecha.) Arriba. (Volviendo al proscenio. Susána, (Apretándole la mano de una ma-

nera muy significativa.) quede usted con Dios. (Vá á coger la escopeta.)

SUS. (Y dicen que este hombre no habla.)

GUILL. Quede usted con Dios. (Sale y cierra la puerta.)

SUS. Por fin! Luisa. Luisa. (Abriendo la puerta del cuarto en que está Luisa.)

LUISA. Se ha ido ya? (Entreabriendo la puerta y asomando la cabeza.)

SUS. Si; sal al momento.

GUILL. Se me olvidaba... (Entrando por la puertecilla de la derecha.)

LUISA / SUS. } Oh! (Luisa cierra la puerta, y Susana se adelanta hácia Guillermo.)

GUILL. Qué es eso?

SUS. Que me ha asustado usted! Jesus! No me ha quedado gota de sangre en las venas.

GUILL. Estoy de desgracia. Venia á encargarle á usted que no cuente á Luisa...

SUS. Por supuesto!

GUILL. Hasta despues. Eh, largo, Cleopatra: anda delante. (Al llegar á la puertecilla, que habrá dejado entreabierta, hace ademan como de impedir á un perro que entre. Váse.)

SUS. Lo que es ahora... (Cerrando la puerta por donde ha salido Guillermo.) Uf, estoy sofocada! Sal sin miedo.

ESCENA X.

SUSANA y LUISA.

LUISA. Susana, amiga mia, me has salvado: te debo la honra y la vida. (Abrazándola.)

SUS. Natural es que mútuamente nos ayudemos contra el enemigo comun. No hay mas sino que tu marido quiere...

LUISA. Ay, es verdad!

SUS. Pues si me veo obligada á casarme con el tal don Fabian... seguro, le ahogo la noche de las bodas.

LUISA. Y que en hablándole mi marido todo se descubriria. Es preciso que parta.

SUS. Partirá. Pero no te detengas... (Asomándose á la ventana.) Desde donde está ya Guillermo no puede verse el camino que conduce á la quinta. Vete.

LUISA. Dame la carta.

SUS. No puede ser: la necesito yo para una cosa.

LUISA. Pero...

SUS. Temes que no esté segura en mis manos?

LUISA. Qué dices? Adios. Que no se te olvide quemarla. (Poniéndose el pañuelo que dejó en el sofá.)

SUS. Descuida. Eh, deja aqui ese pañuelo. (Quitándoselo.)

LUISA. Tienes razon.

SUS. Vé de prisa.

LUISA. Volando. Ya nada tengo que temer, y la alegria me dará alas. (Váse por la puerta de la derecha.)

ESCENA XI.

SUSANA, sola.

Qué egoista es la felicidad! Don Fabian ha jurado por su honor, que partirá esta misma tarde á buscar mujer á las islas Marquesas, si logro hacerle quemar la carta en esa chimenea. Cómo me compondria yo? Le haré creer que no la he hallado. Para ello es preciso que no conozca que he registrado aqui. (Mete en el canastillo todos los objetos que antes sacó de él.) Asi estaba todo. (Buscando la carta.) Dios mio! Qué habré hecho yo de la carta? (Muy alarmada.) Aqui está... No gana una para sustos. «Al señor don Fabian de Castro. En Honolulu.» (Leyendo el sobre.) Demos al César lo que es del César! (Quita el sobre á la carta y le pone en el canastillo.) Una caja de fósforos... (La tira por la ventana.) Poniendo ahora aqui encima la carta... bien arrugada... (La retuerce y la pone encima de la chimenea.) Qué gusto el mio si llegase á verla ardiendo en sus manos! Bastante me ha fastidiado ya el buen señor: á ver si me divierte un poco. Y la verdad es que el pobre tiene alguna gracia, algun ingenio... y una figura muy distinguida. Siento pasos. (Llaman á la puerta de la izquierda. Vá de puntillas y mira por el agujero de la cerradura.) Él es. Fingiré estar muy abatida, sumamente abatida... (Se reclina en la butaca que hay cerca de la chimenea y finge estar adormilada. Llaman de nuevo muy callandito á la misma puerta.) Si, llama... llama.

ESCENA XII.

SUSANA y FABIAN: despues un CRIADO.

FAB. (Abre un poco la puerta, busca con la vista á Susana, y viéndola dormida se acerca á ella de puntillas.) Dormida. El cansancio la habrá rendido. Como que ha trabajado de veras. (Observando el desórden en que está todo y riendo.) Y todo inútil, porque la epístola aun está donde yo la puse. (Sacando el sobre del canastillo y volviéndole á dejar; en tanto que Susana le mira con el rabo del ojo, sonriéndose.) Por mi nombre que me dá lástima. Es tan simpática, tan seductora! (Acercándose á ella y mirándola.) Y digo, digo si está bonita dormida. Oh, muy bonita! (Acercándose mas.) Y eso que tiene los ojos cerrados.

SUS. Eh! Qué hay? (Fingiendo despertarse y mirándole fijamente con los ojos muy abiertos.)

FAB. Oh, los ojos son hechiceros!

SUS. Ay, perdone usted: creo que me he dormido.

FAB. Con formalidad: la ha encontrado usted?

SUS. No; pero ya vé usted que estoy firme en mi puesto.

FAB. Piensa usted permanecer en él toda la noche?

SUS. Si, señor; toda la... (Conteniéndose.) Antes la habré encontrado.

FAB. Jamás ví obstinacion mas heróica, mas sublime... (Sentándose enfrente de ella junto á la chimenea.)

SUS. Sabe usted que hace fresco?

FAB. La chimenea se ha quedado sin lumbre. (Echa leña en la chimenea y sopla con un fuelle.)

SUS. Cree usted, por ventura, que mi conducta no tiene mas causa que el deseo de satisfacer una pueril vanidad? (Habrá ido oscureciendo poco á poco.) Pero... hágame usted el favor de encender esta lámpara, porque nos vamos quedando á oscuras.

FAB. Con mil amores. Suplico á usted que me diga cuál es el motivo... (Dando vueltas á la llave de la lámpara.) Por vida!... No han echado aceite á la lámpara. (Tocando un timbre.)

SUS. Qué hace usted?

FAB. Llamar para que nos traigan luz.

SUS. No tiene usted por ahí una vela?

FAB. Es verdad. Allí hay una... (Señalando á la mesita colocada

debajo de la ventana entre los dos estantes.) Cuál es el motivo?... (Haciendo que busca algo por encima del velador y de la chimenea.) Vamos... ahora no encuentro los fósforos!

SUS. Con cualquier pedazo de papel...

FAB. Con este. (Cogiendo la carta retorcida.) Cuál es el motivo que la obliga... (Bajándose para encender el papel en la chimenea.)

SUS. (Vá á quemarla!) (Con mucha ansiedad y alegria.)

CRIADO. ¿Ha llamado usted? (Entrando por la puerta de la izquierda con una lámpara encendida.)

FAB. Si. (Retirando el papel de la chimenea.)

SUS. (Maldito!)

FAB. Pon aqui esa lámpara. (Señalando el velador.) Puedes irte. (Váse el Criado.)

SUS. (Todo se ha perdido!) (Fabian se queda con el papel en la mano.)

FAB. Cuál es el motivo que la obliga... Si acabaré de decirlo? Que la obliga á empeñarse en lucha tan desesperada.

SUS. No cuenta usted por nada el deseo de salvar á una amiga? (Tomando como distraida el sobre del canastillo, y jugando con él.)

FAB. (Pues lo que es con la luz artificial está encantadora. Tiene la carta en la mano.) (Riéndose y jugando con la carta.)

SUS. Por qué se rie usted? (Mirándole y riéndose tambien.)

FAB. Por nada. Y usted, por qué se rie?

SUS. Por lo mismo que usted.

FAB. (Riéndose pone una cara que marea.)

SUS. Sabe usted que es muy poco delicado mirar asi á una dama? (Dejando el sobre en el canastillo.)

FAB. Y cómo no mirar ese divino rostro, donde á porfia brillan mil encantos, mil perfecciones? Cómo no extasiarse al contemplar tanta gracia, tanta hermosura? (Con fuego y dejando caer al suelo la carta.)

SUS. Malo, malo! Si empieza usted á echarme flores, me veré en la precision de hacerle tomar el portante.

FAB. He recorrido todo el mundo y en ninguna parte he hallado una criatura que ni remotamente pueda compararse con usted. Usted es una excepcion de la regla, un fenómeno, un ejemplar rarísimo en el género mujer, ante el cual un verdadero conocedor no podrá menos de inclinarse con admiracion y respeto.

SUS. (Si apagase la lámpara, tendria que volver á encenderla.) (Pónese como por entretenimiento á hacer subir y bajar la mecha.)

FAB. No me oye usted? No comprende usted que estoy á punto de confesar...

SUS. Pero vé usted qué diversion tan tonta la mia? La habitacion se ha llenado de humo.

FAB. Qué importa?.Estoy á punto de confesar que la bondad y la virtud son de este mundo; que hay ángeles en la tierra.

SUS. Ay! (Haciendo como que vá á bajar la mecha y apagándola. La escena queda débilmente alumbrada por el resplandor de la chimenea.)

FAB. Si, señora, si; usted es un ángel que de pronto se ha ofrecido á mi vista, que se ha hecho dueño de mi corazon; un ángel á quien yo por fuerza he de amar, porque no amarle seria una insigne torpeza, una barbaridad inaudita. Usted dirá que soy un veleta, un ente vulgar, un pobre hombre: usted dirá lo que quiera, pero yo la amo á usted.

SUS. Caballero, esa es una declaracien; solo que pareceria aun mas clara si encendiese usted luz.

FAB. Para qué? Sus ojos de usted todo lo iluminan.

SUS. Encienda usted luz ó me voy. (Haciendo ademan de irse á levantar.)

FAB. Oh, señora; formalmente le juro á usted que desde esta mañana...

SUS. Vamos, enciende usted?

FAB. No sé lo que me pasa. Sin darme cuenta á mí mismo, la amé á usted desde que la ví.

SUS. Pero...

FAB. Ha logrado usted fascinarme, volverme loco.

SUS. Ea, me voy. (Levantándose.)

FAB. Un momento. Qué prueba podria yo darle á usted en este momento de mi cariño? Oh! una aunque pequeña. Aqui está esa carta que usted queria (Cogiendo el sobre del canastillo.) arrebatarme. Pues bien; mírela usted arder. (Arrojando el sobre á la chimenea.)

SUS. (Qué noble, qué generoso! Ahora mismo le daba un abrazo de mejor gana que lo digo.)

FAB. Mi vida entera le pertenece á usted desde este momento.

SUS. Pero está usted seguro de que es esa la carta?

FAB. Lo duda usted?

SUS. Deme usted el papel que hace poco tenia en la mano.

FAB. Para qué? (Buscando por el suelo al resplandor de la chimenea.

SUS. Ahí está.

FAB. Con efecto... (Recogiéndole. Óyense ladridos de perros.)

SUS. Chito!... No oye usted?

FAB. Sí, ladridos de perros. (Asomándose á la ventana.) Los cazadores regresan ya á la quinta.

SUS. Si subiesen... Pronto: deme usted...

FAB. Comprendo! Teme usted que la hallen conmigo á oscuras. Tranquilícese usted. (Enciende el papel en la chimenea y con él una vela que habrá sobre la mesita colocada debajo de ventana.)

SUS. (Estaba escrito que él mismo habia de quemarla.) Ah! (Dando un grito al ver que Fabian tira por la ventana el papel encendido.)

FERN. Condenado, vás á quemarme la casa? (Dentro.)

SUS. Qué ha dicho usted? Era la carta!

FAB. La carta! La habia usted hallado?

SUS. Si.

FAB. Todo lo comprendo! Oh! (Mirando por la ventana.) Uno de esos señores... la recoge en este momento.

SUS. Cuál? (Con mucha ansiedad.)

FAB.. No se distinguen mas que los bultos.

GUILL. Aqui, Cleopatra. Aqui. (Dentro.)

SUS. Oh: Guillermo, habrá sido!

FAB. Qué fatalidad!

SUS. Corra usted, corra usted.

FAB. Á qué?

SUS. Á recobrarla inmediatamente.

FAB. Dice usted bien. (Corriendo hácia la puertecilla de la derecha.)

SUS. No, por ahí saldré yo: usted por allí.

FAB. Es lo mejor. (Corriendo hácia la puerta de la izquierda, tropezando con unos muebles y derribando otros.)

SUS. Pero no: por allí los alcanzará usted antes. (Señalando la puertecilla de la derecha.)

FAB. Como usted guste. (Corriendo de nuevo hácia la puerta de la derecha.) Pero podré esperar?... (Deteniéndose.)

SUS. Si; espere usted todo lo que quiera.

FAB. Me amará usted? (Acercándose á ella.)

SUS. Le amaré á usted, le adoraré, le idolatraré... pero esa

carta... esa carta!...

FAB. La recobraré cueste lo que cueste. (Corriendo hácia la derecha.)

SUS. Asi me gusta!

FAB. Y no me permitirá usted que le bese la mano? (Volviendo al lado de Susana.)

SUS. Si, señor, lo permito: bese usted. (Muy impaciente.)

FAB. Será posible!... Nunca me hubiera atrevido á esperar!... Oh ventura inefable! (Arrodillándose delante de Susana, y besándole muchas veces la mano.)

SUS. Pero, hombre de Dios, no se acaba nunca ese beso?

FAB. Ya se acabó. (Levantándose.)

SUS. Corra usted.

FAB. Hasta luego.

SUS. Malditos garrapatos!... (Corriendo hácia la puerta de la izquierda.)

FAB. Amen! (Corriendo hácia la puerta de la derecha.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Habitacion baja abierta por el foro y contigua al jardin: puertas laterales, la de la izquierda, conduce á las habitaciones interiores; la de la derecha, al comedor: una mesa de piedra en el fondo; un banco á la derecha, sillas de jardin, faroles encendidos pendientes del techo.

ESCENA PRIMERA.

JUANA, saliendo del comedor y haciendo como que habla con los demas criados.

Si, si; daos prisa. El amo y sus amigos traerán apetito y querrán comer en seguida. Ya estan aqui.

ESCENA II.

JUANA, D. BERNABÉ y D. ALEJO, que salen por el foro riéndose.

BERN. Repito á usted, señor zumbon, que si no la he matado, es porque no he querido matarla.

ALEJO. Gran punteria, don Bernabé! (Riéndose.)

BERN. La perdiz estaba á cuatro pasos de mí, pero al ir á disparar sobre ella, veo un tigre á mis pies.

ALEJO. Un tigre!

BERN. Si, señor: el tigre de los colepteros! un escarabajo soberbio! Recuerdo que soy naturalista, tiro á la perdiz mirando al escarabajo, y como era natural yerro á la

una; pero logro apoderarme del otro, y aqui le traigo metido en este cucurucho. (Enseña un cucurucho de papel azul, colocado en el cañon de la escopeta.)

ALEJO. Medrados estariamos si no tuviesemos más que eso para comer.

BERN. A propósito de comer. Tengo un hambre devoradora. (Deja la escopeta arrimada al banco de la izquierda.)

ALEJO. Y yo.

JUANA. Si ustedes quieren quitarse un poco el polvo y lavarse, en aquella habitacion pueden hacerlo. (Señalando hácia dentro.)

ALEJO. Admirable idea! Sabe usted si mi mujer está aqui? (Á Juana.)

JUANA. Está en la sala con las señoras.

ALEJO. Á buena hora las hacemos comer.

BERN. Y mi pobre Antonina, que es tan delicada del estómago. (Vánse por la izquierda.)

ESCENA III.

JUANA sola.

Dios me libre de pensar mal; pero juraria que la tal doña Antonina y el señorito Pablo... Siempre juntos, siempre hablándose al oido... Pues lo que es él no ha tenido muy buena eleccion que digamos. Y yo que me habia figurado que ese jóven gustaba de la señorita Matilde! Como que esto era lo regular, y no que... Bah! con su pan se lo coma. (Entra en el comedor.)

ESCENA IV.

FABIAN y SUSANA.

FAB. Susana ya estará aqui, y afortunadamente... (Saliendo por el foro muy de prisa, y dando señales de cansancio.)

SUS. Afortunadamente, qué? La tiene usted ya? (Saliendo muy de prisa por el último término de la izquierda.)

FAB. No. Y usted?

SUS. Tampoco.

LOS DOS. Ah! (Con desesperacion.)

SUS. Entonces, por qué decia usted afortunadamente?

FAB. Decía, afortunadamente ella debe tenerla.

SUS. La he buscado en vano.

FAB. Lo mismo me ha sucedido á mí.

SUS. Qué ha hecho usted?

FAB. Bajé los escalones de mi casa de cuatro en cuatro; salí al campo, y ya los cazadores habian desaparecido. Entonces me dije á mí propio: «Si no he visto mal, y uno de ellos ha cogido efectivamente el papel, bien para acabar de apagarlo, bien por cualquier otro motivo, claro está que el que lo haya cogido lo habrá tirado despues.» Seguro de no equivocarme al discurrir asi, he registrado escrupulosamente todo el camino, andando á gatas con la cara pegada al suelo, de cuyas resultas estoy molido y traigo roto el espinazo.

SUS. Lo mismo que usted supuse yo. Quizá los dos nos habremos equivocado.

FAB. Mas probable es que el viento...

SUS. Si no hace un pelo de aire.

FAB. Entonces debemos suponer que con la oscuridad... Mañana será otra cosa.

SUS. Cómo mañana!... Es preciso que siga usted buscándolo. Si otro lo hallara y fuese á parar á manos de Sandoval...

FAB. No es de presumir.

SUS. Cosas mas difíciles hace el demonio. Yo entre tanto hablaré con don Alejo y don Bernabé. Quizá lo tenga alguno de ellos: quizá sepan si lo tiene Sandoval. Con que ande usted.

FAB. No hay remedio?

SUS. Quiere usted que me enoje?

FAB. Nada de eso. Sea todo por Dios! Brrr, Brrr, Brrr... (Tiritando y abrochándose la levita.)

SUS. Tiene usted frio? Abríguese usted con este pañuelo. (Arropándole con el pañuelo de Luisa, que ella tenia puesto.)

FAB. Gracias, señorita... No es menester...

SUS. Estése usted quieto.

FAB. Ay, señorita! (Dejándose envolver en el pañuelo.) Usted me fascina... usted me marea... usted hace de mí lo que quiere. Héme aqui completamente domado... completamente domesticado... con cadenas... (Por el pañuelo que le sujeta los brazos.) y con bozal. (Por el pañuelo, con el cual Susana le tapa la boca.)

SUS. Ea! eche usted á correr.

FAB. Obedezco. (Váse corriendo por el foro.)

ESCENA V.

SUSANA, sola.

Pobrecillo! Cómo ha cambiado desde esta mañana! Si será verdad que me quiere? Bah! Qué ocurrencia! Y soy yo la que me precio de sagaz y de conocer á los hombres!... Qué apostamos á que el bueno de don Fabian se me ha entrado en el corazon á la chita callanda? No, no lo creo; pero es preciso convenir en que las mujeres somos muy caprichosas.

ESCENA VI.

SUSANA y MATILDE: despues D. ALEJO.

MAT. Hola, prima! Has visto á Pablo?

SUS. (Lo que es esta no entiende de disimulo.) No: y tú has visto á Guillermo?

MAT. Está en su cuarto de muy mal humor, dando paseos como una fiera enjaulada.

SUS. Dios nos ampare! (Asustada.) Él tiene la carta... Don Alejo!

ALEJO. Ya estoy listo. (Saliendo por la izquierda.)

SUS. Pero no se come hoy aqui? Estos señores tendrán apetito.

ALEJO. Ps... una cosa regular.

SUS. Anda, Matilde, anda á ver...

MAT. (Dónde estará Pablo!) (Váse al comedor.)

ESCENA VII.

SUSANA y D. ALEJO.

SUS. Señor don Alejo, amigo mio: pronto, respóndame usted...

ALEJO. Tranquilícese usted, señorita. Qué ocurre?

SUS. Estaba usted con Sandoval cuando don Fabian tiró por la ventana de su cuarto un papel encendido?

ALEJO. Ah! sabe usted?...

SUS. Quién le recogió?
ALEJO. El papel?
SUS. Fué Sandoval?
ALEJO. No.
SUS. Pues quién?
ALEJO. No recuerdo... Pero qué diablos de curiosidad!... (Riendo.)
SUS. No me contesta usted? (Impaciente.)
ALEJO. Ah... Si... Ahora que me acuerdo... Yo le recogí.
SUS. Usted?
ALEJO. Yo mismo.
SUS. Y despues?
ALEJO. Despues?...
SUS. Qué hizo usted de él?
ALEJO. Creo que... Pues no se toma usted poco interés por... (Riendo.)
SUS. Oh!... qué hombre!
ALEJO. Creo que le tiré... Ah no: no le tiré.
SUS. Le tiene usted ahí?
ALEJO. No: se le dí á don Bernabé. (Pablo aparece en el foro, y al ver gente, se retira.)
SUS. Á don Bernabé?
ALEJO. Ó por mejor decir, él me le quitó de las manos.
SUS. Dónde está ese hombre? Necesito verle al momento.
ALEJO. Hace poco, allí estaba conmigo. (Señalando adentro.) Don Bernabé, Don Bernabé. (Llamándole.)
SUS. No, no le llame usted. (Tapándole la boca.)
ALEJO. Él nos dirá...
SUS. Corramos en su busca. (Dirigiéndose con don Alejo hácia la izquierda.)
ALEJO. Vaya que me ha hecho gracia... (Riendo.)
SUS. Quiere usted andar?
ALEJO. Pero si es una cosa tan rara!...
SUS. (Tendré que asesinarle.) (Vánse por la izquierda.)

ESCENA VIII.

PABLO, saliendo con precaucion por el foro.

Ya no hay nadie. Cuando doña Antonina sepa que me he vuelto desde la mitad del camino, se pondrá hecha una fiera. Nada me importa. Estoy decidido á dar un

golpe de estado! Al apearme del ómnibus he tenido un rayo de luz. Yo creia que esa bruja me odiaba, y ahora me temo que no es que me odia, sino que me quiere. Líbreme Dios de semejante calamidad! Es preciso escribir á Matilde para decirle que estoy aqui escondido y que necesito hablarla. (Sentándose en el banco sobre el cual dejó apoyada la escopeta don Bernabé.) Lapiz tengo; mas no papel. (Registrándose los bolsillos y sacando un lapiz.) Oh, ventura! (Viendo el cucurucho metido en el cañon de la escopeta.) Ese cucurucho! (Lo coge.) Qué tendrá dentro? (Meneándole.) Parece un cascabel! Oh, no: (Abriéndole.) es un escarabajo! La caza de mi tutor sin duda. Bah!... creerá que lo ha perdido en el camino. (Desdobla el cucurucho y lo sacude como para tirar el escarabajo.) Anda, pobre escarabajito, anda, no sabes tú de lo que te libras! Voto vá! Este papel está quemado! Quitándole lo negro queda una cuartilla enterita. (Quita al papel una tira, hace de ella una pelotilla y la arroja hácia dentro.) Pero si tambien está escrito!... Felizmente por una cara nada más. (Escribiendo.) «Señorita Matilde: mi tutora, que es un »Neron con faldas, me ha hecho salir esta tarde para »Barcelona, pero ya estoy aqui, porque he vuelto. La »espero á usted escondido en el jardin. El amor me saca »de tino y quiero casarme con usted corriendo, cor»riendo.»

BERN. Si ustedes no se explican... (Dentro.)

PAB. Alguien viene. (Levantándose.) Oh, mi tutor! (Desaparece por la izquierda.)

ESCENA IX.

SUSANA, DON BERNABÉ y DON ALEJO.

BERN. Pero qué papel es ese? No entiendo lo que ustedes me dicen.

SUS. Quiere usted hablar un poco más bajo?

BERN. Pregunto qué papel es ese? (Muy bajo.)

SUS. El que don Fabian tiró encendido...

ALEJO. Por la ventana de su cuarto...

SUS. Cuando ustedes pasaban...

ALEJO. Y que yo recogí.

SUS. Y que usted quitó al señor de las manos.

BERN. Ya, ya. Un retacillo de papel... Acabaran ustedes de explicarse.

SUS. Y usted de entendernos.

BERN. Pónganse ustedes en mi lugar. Como no me decian más que el papel... Qué papel? Hay tantos papeles!

SUS. Este es peor que usted. (Á don Alejo.)

BERN. Si ustedes me hubieran dicho desde luego, el pedazo de papel que...

SUS. Pues bien; ese pedazo de papel... Lo entiende usted ahora? Ese pedazo de papel, dónde está?

ALEJO. Que dónde está, le preguntan á usted.

BERN. Si ya lo oigo. Pero (Riéndose.) qué diablos le puede á usted importar?...

SUS. Mucho.

BERN. Pero si es un pedacillo de papel chamuscado... Já... já...

SUS. Por favor, caballero: qué hizo usted de ese papel?

BERN. Hice un cucurucho.

SUS. Un cucurucho!

BERN. Si; para guardar un escarabajo que habia cogido y me iba haciendo cosquillas en la mano.

SUS. Y dónde está ese cucurucho?

BERN. Aqui le tienen ustedes en el cañon de mi escopeta. (Coge la escopeta sin mirarla.)

SUS. Venga.

BERN. Tómelo usted. (Acercando el cañon de la escopeta á Susana.)

SUS. Loado sea Dios! Pero si aqui no hay nada. (Alarga la mano para coger el papel y vé que no hay nada.)

BERN. Cómo nada?

SUS. Nada.

BERN. Pues es verdad!

ALEJO. Voló.

SUS. Otra vez!

BERN. Habráse visto bicho mas malo! Á fuerza de menearse, habrá conseguido el maldito rodar al suelo con su envoltura.

SUS. Entonces por aqui debe estar; busquémosle. (Los tres se inclinan al suelo y empiezan á buscar el papel en diferentes direcciones.)

BERN. Esto es asombroso! Digo, si tienen inteligencia los tales animalitos! Soberbia ocasion se me ofrece de escribir una memoria para la Academia de ciencias! Ah! (Deteniéndose é incorporándose.)

SUS. } ALEJO. } Está ya ahí? (Corriendo hácia D. Bernabé.)

BERN. Digo que intitularé mi memoria: «La evasion de un escarabajo.»

SUS. } ALEJO. } Eh! (Retirándose con enfado y poniéndose á buscar otra vez.)

BERN. No: mejor será: «Un escarabajo en el Saladero.»

SUS. Nada!

ALEJO. Nada!

BERN. Nada! Es inútil buscar á ese pícaro prófugo.

SUS. Pues no hay mas remedio que buscarle! Busquen ustedes, por Dios! Ah! Quietos! (Viendo á Guillermo.)

BERN. } ALEJO. } Eh! (Incorporándose y con asombro, como no entendiendo lo que sucede.)

ESCENA X.

DICHOS, GUILLERMO, LUISA, DOÑA ANTONINA y MATILDE.

GUIL. Qué hay? (Bajo á Susana.)

SUS. Despues hablaremos. (Id. á Guillermo.)

GUIL. (No ha conseguido nada.)

MAT. Podemos comer cuando ustedes gusten. (Saliendo del comedor.)

BERN. No me disgusta la noticia.

LUISA. Se ha marchado? (Bajo á Susana.)

SUS. El escarabajo? (Distraida y sin dejar de buscar con la vista.) Si, hija; se ha marchado.

LUISA. El escarabajo?

SUS. Ah no; Fabian quise decir.

LUISA. Se ha marchado y tú ya habrás quemado la carta Respiro.

SUS. (Yo me ahogo.) (Mirando en todas direcciones.)

BERN. Si, señor, un escarabajo: y el muy canalla ha tomado las de Villadiego. (Hablando con Guillermo.)

SUS. Ah! (Tirando á D. Bernabé del faldon del gaban.)

BERN. Qué quiere usted?

SUS. Yo?... Nada.

BEBN. Como me tiraba usted del gaban...

SUS. Qué ocurrencia! (Poniéndose en medio de D. Bernabé y Guillermo.) Pero no vamos á comer? (Susana habla bajo con D. Bernabé.)

GUIL. Si, vamos. (La pobre está pálida... desencajada... Yo me las arreglaré con él.) (Dirígense todos hácia la puerta de la derecha: Susana volviendo la cabeza para mirar á uno y otro lado.)

MAT. Susana, has perdido algo?

SUS. Si, un guante.

GUILL. Aqui? (Preparándose á buscarlo.)

SUS. Ah no por Dios; no le busque usted. No vale la pena...

GUILLL. Como usted quiera, despues parecerá.

ANT. (Ya estará en Barcelona.)

SUS. (Qué dia!) (Vánse todos por la puerta de la derecha.)

ESCENA XI.

PABLO: á poco JUANA.

PAB. Gracias á Dios!... Hace media hora que no ha dejado de haber aqui gente. Quién se encargará de entregar mi carta? (Viendo á Juana, que se dirige á la puerta de la derecha.) Ah!...

JUANA. (Calla! El señorito Pablo!) Por allí se vá al comedor.

PAB. Ah Juanita; no diga usted á nadie que me ha visto.

JUANA. Descuide usted.

PAB. (Con esta podria enviar... No se vé otra cosa en las comedias.) Juanita...

JUANA. Caballero...

PAB. Qué linda es usted!

JUANA. Eso dicen.

PAB. Es lástima que no tenga usted un vestido de seda.

JUANA. (Qué querrá? Dejémosle venir.)

PAB. Si usted se dignara aceptar... (Alargándole un bolsillo.)

JUANA. Por no desairar á usted... (Tomándole y guardándoselo.)

PAB. Y dispensarme el favor de entregar este billetito. (Dándola la carta.)

JUANA. No necesito preguntar á quién.

PAB. Puesto que usted lo sabe...

JUANA. Se le daré al mudar un plato.

PAB. Oh, qué buena es usted! (Abrazándola.)

JUANA. Supongo que esto será para mí. (Qué cosas se ven! (Retirándose.) Haberse ido á enamorar tan guapo mozo de aquel espantajo!) (Váse por la puerta de la derecha.)

PAB. Vaya si voy adelantado! Fuga, billetitos secretos, seduccion de criados... Otro! Por vida!... (Escóndese por la izquierda.)

ESCENA XII.

FABIAN: á poco JUANA: despues PABLO.

FAB. (Entrando por el foro arropado con el pañuelo.) Nada! Nada más que un frio de todos los diablos, si es que en los infiernos hace frio, y por añadidura un hambre canina. (Oyese ruido de platos y cubiertos.) Hola! Estan comiendo sin mí! Lance completo!... Ay, amigo Fabian, qué ridículo debes estar envuelto en ese pañuelo, en ese pañuelo que te devora las entrañas! Qué bien representas á Hércules con la túnica de Neso! Anda á comer, botarate, anda á comer. (Dirígese hácia la puerta de la decha, á tiempo que sale Juana y le detiene.)

JUANA. Usted es el señor don Fabian, verdad?

FAB. Si, yo soy. (Andando.)

JUANA. Deténgase usted. (Cogiendo el pañuelo para detenerle.)

FAB. Hágame usted el favor de no tocar este pañuelo. Tengo prisa.

JUANA. Pero... (Repitiendo el mismo juego.)

FAB. Dále! que no toque usted este pañuelo. (Encaminándose de nuevo hácia el comedor.)

JUANA. Es que la señorita Susana...

FAB. Ah! la señorita Susana... (Volviendo.)

JUANA. Me ha encargado que le busque á usted.

FAB. Eso es distinto.

JUANA. Y que le diga que aqui mismo se ha perdido un cucurucho de papel.

FAB. Y qué?

JUANA. Dentro del cual habia un escarabajo.

FAB. Que sea enhorabuena. Qué me importa á mi?

JUUNA. La señorita Susana quiere que se ponga usted á buscarlo, en seguida.

FAB. Que me ponga yo ahora á buscar el cucurucho? Pues no faltaba más! Lo buscaré despues de comer.

JUANA. No: si lo que precisamente quiere la señorita es que lo busque usted mientras ellos comen.

FAB. Pues dígole á usted que es idea.

JUANA. Ah! Que me dé usted su pañuelo.

FAB. Solo este golpe me faltaba! Tómelo usted. (Dándoselo.)

JUANA. Pero qué hace usted? Manos á la obra. (Se vá por la derecha.)

FAB. Ya voy: ya voy. Dejarme sin comer por un escarabajo: por un capricho extravagante! Y dónde andará ahora ese animalito? (Se pone á registrar el terreno y desaparece por la izquierda.)

PAB. Han dejado la puerta abierta. (Saliendo.) Allí está Matilde. Qué bonita es! Juana me hace señas! Vá á darle la carta... Qué veo!... Se acerca á doña Antonina...

FAB. Maldito bicho! (Registrando el terreno.)

PAB. Le enseña la carta... Se la dá... Ah!

FAB. Eh? (Pablo vé á Fabian y se esconde.) Si; no hay mas, le he pisado y le he hecho tortilla! Por aqui no se vé nada...

ESCENA XIII.

FABIAN y GUILLERMO.

GUILL. (Me pareció haber oido gritar.) Es usted, caballero?

FAB. Ruego á usted que me perdone el haberme hecho esperar. (Dirigiéndose al comedor.)

GUILL. Dos palabras, caballero.

FAB. (Qué gesto!) Pero usted estaba comiendo...

GUILL. Ya he comido bastante. (Vá á cerciorarse de que nadie los oye.)

FAB. (En cambio yo no he comido nada. Qué hace? Vamos, habrá hallado la carta y querrá armar camorra.)

GUILL. Persiste usted en la idea de casarse con Matilde?

FAB. No, señor: es decir, si; persisto en casarme con ella.

GUILL. Usted no ignora sin embargo, que mi mujer se opone á ese enlace.

FAB. (Ya se vá explicando.)

GUILL. Sabedora de que usted amó á otra hace tiempo, querrá sin duda que olvide usted este nuevo amor, y vuelva á consagrarse al antiguo.

FAB. (No se ha andado con rodeos. Mejor.) Caballero, francamente: usted lo sabe todo?

GUILL. Si, señor; todo.

FAB. Pues hablaremos de este asunto despues de comer. (Dirigiéndose al comedor.)

GUILL. No, caballero: la cosa es muy grave!

FAB. Qué ha de ser grave! Amé á esa señora, es cierto: pero entre nosotros no hubo más que miradas, conversaciones inocentes, algunas cartitas...

GUILL. Repito que todo lo sé.

FAB. Pero qué todo es ese que usted sabe?

GUILL. Ella misma me lo ha confesado.

FAB. Señor! llegará la maledicencia de una mujer hasta el punto de levantarse á sí misma falsos testimonios?

GUILL. No se canse usted: la falta cometida pide una reparacion. Ella le ama á usted todavia. (Acercándose á Fabian.)

FAB. Ella me...

GUILL. Asi me lo ha asegurado.

FAB. Con que le ha asegurado á usted...

GUILL. Si, señor.

FAB. (Pues ha elegido buen confidente.) Y cómo se lo ha dicho á usted?... Asi... como si tal cosa...

GUILL. Ya vé usted: á mí no debia ocultármelo.

FAB. Esto es admirable! Y usted ha venido?...

GUILL. Si.

FAB. A buscarme?...

GUILL. Si.

FAB. Para que nos rompamos el bautismo?

GUILL. No: para reconciliarle á usted con ella.

FAB. Usted reconciliarme con?...

GUILL. El honor de mi familia lo exige!

FAB Ah! con que es el honor?... (Vamos: este lo entiende al revés que todo el mundo.)

GUILL. Caballero, un amigo le tiende á usted la mano.

FAB. Es usted muy bueno... bonísimo... (Demasiado bueno.) (Estrechándole la mano.)

GUILL. Labre usted su felicidad...

FAB. Corriente.

GUILL. Y la mia.

FAB. (Y la suya! Lo dice con una majestad!...) Pero, fuera de broma, ha reflexionado usted bien acerca de lo que me propone? Y si yo no quisiera aceptar?...

GUILL. Entonces... le mataria á usted.

FAB. Lo veriamos.

GUILL. Decídase usted.

FAB. Me decido por el duelo. Y á fé que será usted el primer marido que riña porque su mujer...

GUILL. Poco á poco: hágame usted el favor de no sacar á plaza el nombre de mi mujer en esta cuestion.
FAB. Cómo no, si es preciso?
GUILL. Yo digo que no lo es.
FAB. Pues yo digo que si.
GUILL. Sus armas de usted, caballero.
FAB. Las que usted elija.

ESCENA XIV.

DICHOS, SUSANA y LUISA.

SUS. (Ah, lo que yo me temia!)
LUISA. (Un duelo! Todo se ha descubierto!)
GUILL. Sígame usted.
FAB. Adonde usted quiera.
LUISA. Ah, Guillermo; escucha la verdad.
GUILL. La sé ya por Susana.
SUS. No sabe nada todavia. (Bajo á Luisa.)
GUILL. Estoy á las órdenes de usted.
FAB. Vamos.
SUS. Es posible, Fabian, es posible que ni mis lágrimas ni los consejos de este caballero?...
FAB. Eh?
SUS. Quiere usted verme de nuevo humillada á sus plantas? (Haciendo como que vá á arrodillarse.)
GUILL. No lo consentiré. (Deteniéndola.)
FAB. (No hay más: se han vuelto locos).
LUISA. (Estoy muerta de miedo.)
SUS. No; nunca dejé de amarle á usted, nunca falté á mis juramentos.
FAB. Pero si no... (De fijo, yo tambien pierdo la cabeza.)
SUS. Si usted desoye nuestras súplicas, si usted me abandona de nuevo... (Mienta usted como yo.)
FAB. Eh? qué dice usted?
SUS. Me mataré! Oh, si, me mataré: y usted será responsable de mi muerte! (No comprende usted?)
FAB. (No señora: ni una sola palabra. Pero en fin...) Comprendo, señora, comprendo.
GUILL. Y qué responde usted?
FAB. Respondo que... (Sin saber que decir.) Si... Eso mismo... Respondo... Pues... respondo... Vamos á ver, señora:

(Como tomando una resolucion.) lo que usted me dice es verdad?

SUS. No lo dude usted. (Bravo!)

FAB. (Bravo, eh? Ahora verás.) Me ha sido usted siempre fiel?

SUS. Él me lo pregunta!

GUILL. Usted se lo pregunta!

FAB. Bueno: ya no lo pregunto más.

SUS. (Bravísimo! Adelante.)

FAB. Y usted me ama?

SUS. Ah, si! (De mentirijillas.)

FAB. (Convenido.) Pues señora, yo tambien la amo usted.

SUS. (De mentirijillas?)

FAB. (Por supuesto.) Sea testigo este caballero de nuestro mútuo amor.

GUILL. Enhorabuena.

SUS. (Basta, basta.)

FAB. Y cuando él disponga se verificará nuestra union.

GUILL. Lo más pronto posible.

SUS. (Se quiere usted callar?)

FAB. Cuanto más pronto mejor.

SUS. (Mire usted que todo esto es de mentirijillas.)

FAB. (Si ya lo he entendido.) Y en señal de eterno cariño, ah Susana, venga usted á mis brazos. (Abrazándola con gran efusion.)

SUS. (Qué hace usted!)

FAB. (Nada: si tambien esto es de mentirijillas.)

LUISA. (Pobre Susana, cuánto pasa por mí!)

FAB. Ah mi querida Susana! (Abrazándola otra vez.)

SUS. (Ah traidor!)

GUILL. Ahora á mí, caballero.

FAB. Con mucho gusto. (Abrazándole.)

GUILL. La conducta de usted es digna de los mayores elogios.

FAB. Gracias.

GUILL. Ahora á mi mujer, puesto que vá usted á ser su primo.

FAB. Señora .. (Abrazándola respetuosamente.)

LUISA. Caballero... (Bajando los ojos al suelo.)

SUS. (Qué afan de que abrace á todo el mundo!) (Como disgustada porque Fabian abraza á Luisa.)

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, DOÑA ANTONINA, MATILDE, DON BERNABÉ y DON ALEJO: despues PABLO. Juana y un criado sirven el café en la mesa de piedra que hay en el fondo.

GUILL. Tengo el honor de participar á ustedes el próximo enlace de mi prima Susana, con el señor don Fabian de Castro.

TODOS. Ah!

MAT. (Ya no es conmigo. Qué gusto!)

SUS. (Esto vá por la posta.)

ANT. (Por más que me digo á mí misma que no puede ser, juraria haber visto aqui desde el comedor... (Váse por la izquierda mirando hácia todos lados. Los demas, excepto don Bernabé, se dirigen al foro á tomar café.)

BERN. (En el proscenio con la carta en la mano muy conmovido y un poco achispado.) Una carta para Antonina! Una carta de que he logrado apoderarme sin que ella lo note, cuando esa criada se la echó en la servilleta. Ah! la emocion... el vino de Jerez... Debo estar mas colorado que un pavo. Ahora que nadie me observa, veamos qué dice esta carta. (Leyendo.) «Esta noche salgo para Madrid en secreto »y contra mi voluntad. Te amo y siempre te amaré. Allí »te espero.» Qué he leido! Ama á mi mujer y siempre la amará. Y la carta no tiene firma. (Guillermo vuelve al proscenio con una taza de café en la mano.

GUILL. No toma usted café? Pero qué es eso? (Riéndose del gesto ridículo que tiene D. Bernabé.) Vaya una cara! Mire usted, don Fabian, mire usted. (Fabian baja tambien al proscenio con otra taza de café. Luisa y Susana fijan en ellos la atencion.)

FAB. Con efecto. Qué te sucede?

BERN. Me sucede!... Me sucede!... Señor don Guillermo, conoce usted esta letra? (Dándole el papel doblado.)

FAB.
LUISA. } La carta!
SUS.

LUISA. (Pues no la habias quemado?)

SUS. (Valor!)

GUILL. «Para Barcelona.» (Leyendo el papel por un lado sin desdoblarlo.)

BERN. No: para Madrid, dice.

GUILL. «Porque he vuelto.»

BERN. No, señor: si dice que se vá.

GUILL. Está escrito con lapiz y no se entiende bien.

BERN. Con lapiz? Con tinta. Deme usted acá. (Quitándole el papel.)

BERN. (Ha quedado entera la cuartilla que estaba escrita!)

SUS. } LUISA. } Oh! (Consternadas.)

BERN. Lea usted ahí. (Presentándole desdoblado el papel.)

FAB. Nada de eso. (Quitándole la carta.)

BERN. Por qué?

GUILL. Si; sepamos por qué.

FAB. Porque esta carta es mia.

SUS. } LUISA. } Ah! (Respirando.)

BERN. Tuya!

FAB. Mia: y qué?

BERN. Tú, pérfido amigo, tú, á quien he dado abrigo en mi casa, tú enamorado de Antonina!

FAB. Caramba! (Dando un salto hácia atrás) Mira lo que dices. Esas son bromas pesadas.

GUILL. Cómo, caballero: (Dando á D. Bernabé la taza de café vacia, para dirigirse á Fabian.) esta mañana me pide usted la mano de Matilde, hace un momento se compromete usted á casarse con Susana, y ahora salimos con que!..

BERN. Con que galantea á mi mujer!

ALEJO. Pero señor don Fabian!...

FAB. Ten ahí... (Dando tambien su taza á D. Bernabé y dirigiéndose á Guillermo.) Cómo, caballero: me cree usted á mí capaz?...

GUILL. No dice usted que esa carta es suya?

FAB. Si, señor, que lo digo.

GUILL. Y no está dirigida á doña Antonina?

FAB. No, señor.

GUILL. Veamos. (Quitando la carta á Fabian.)

LUISA. Oh!

FAB. Caballero!

SUS. Yo la veré. (Quitando la carta á Guillermo.)

GUILL. Susana!

ANT. Qué picardia, Bernabé! Si supieras!... (Saliendo muy colérica por la izquierda.)

BERN. (Que aun tiene una taza en cada mano.) Apártese usted de mi vista.

ANT. Qué te dá? Ya te decia yo que no bebieses tanto.

BERN. Señora!

ANT. Pablo ha vuelto... está aqui!...

MAT. (Aqui!)

PAB. Si, señores, aqui estoy. (Saliendo por la izquierda.)

TODOS. Pablo!

PAB. (Salga el sol por Antequera.)

GUILL. Y por qué se escondia usted? (Qué sospecha!) (Mirando á Pablo y á su mujer.) (Acaso este?...) Responda usted.

PAB. Puesto que han descubierto ustedes mi carta, deben saberlo. (Reparando en el papel que Susana tiene en la mano.)

BERN. Desdichado! (Dándole un empellon.) Eres tú quien ha escrito esa carta?

GUILL. Pues no decia usted que era suya? (Á Fabian.)

FAB. Este mocito y yo estabamos de acuerdo.

PAB. Cómo!

FAB. (Diga usted que si.)

PAB. Si, señor; estabamos de acuerdo.

FAB. Y yo por no descubrirle...

PAB. Pues ha hecho usted mal. Sépanlo ustedes: amo á la señorita Matilde.

GUILL. Á Matilde!

ANT. (Á mí me vá á dar algo.)

GUILL. Con que la carta era para Matilde?

BERN. Caí de mi burro!

ANT. Le prohibo á usted... (Bajo á Pablo muy irritada.)

PAB. Chitito, ó sabrá todo el mundo que... (Le habla al oido.)

ANT. Atrevido!

SUS. Yo me encargo de arreglar la boda.

PAB. Matilde!

MAT. Pablo!

LUISA. Quema la carta. (Bajo á Susana.)

SUS. Ah, condenados garrapatos, lo que es ahora... (Dirigiéndose á la mesa donde hay candeleros con luces. Fabian adivinando su intencion coge uno y se lo presenta.)

FAB. Y yo?

SUS. Usted? Á Honolulu.

FAB. Susana! (Arrodillándose. Susana quema la carta en la luz del candelero que tiene Fabian en la mano.)

LUISA. Hazlo por mí, Susana.

SUS. Vamos; está visto que yo siempre he de sacrificarme por tí. (Dando la mano á Fabian.)

FAB. Oh, felicidad! (Besándole la mano.) Ya puedo avisar á mi tio que he encontrado lo que buscaba. (Á la derecha estarán Guillermo, Pablo, Matilde y D. Alejo; á la izquierda don Bernabé y doña Antonina; en el centro, Luisa, Susana y Fabian: Susana con la carta ardiendo en la mano y Fabian con el candelero.)

FIN DE LA COMEDIA.

Habiendo examinado esta comedia no hallo inconveniente en que su representacion sea autorizada.
Madrid 6 *de Octubre de* 1860.

El censor de teatros,

ANTONIO FERRER DEL RIO.

Esta comedia se ha estrenado en Madrid, en el teatro de Variedades á 18 de Octubre de 1860.

COMISIONADOS DE ESTA GALERIA.

ra.	F. A. Robles.
bacete.	R. S. Perez
calá de Henares.	V. Suarez.
coy.	Paya é hijos.
geciras.	R. Muro.
icante.	A. Lloret.
magro.	A. Vicente Perez.
meria.	L. Iribarne.
dújar.	D. Caracuel.
tequera.	J. M. Casaus.
anda.	M. M. Fontenebro.
anjuez.	D. Santisteban.
ila	N. P. Rocandio
ilés.	V. Sanchez del Rio
lajoz.	F. Coronado
ena.	J. Fernandez.
eza.	C. Treviño.
ilen	J. M. Sellés.
bastro.	G. Corrales.
celona.	A. Saavedra.
ea.	J. Calderon.
ar.	M. Illan.
avente.	P. Fidalgo.
ja.	L. Iribarne.
bao.	F. Fernandez.
ja.	M. Marco y Cadena.
gos.	T. Arnaiz.
ra.	J. B. Cabeza.
eres.	J. Valiente.
liz.	E. Mendiola.
atayud.	F. Molina.
avaca.	P. Muñoz.
mona.	J. R. Dominguez
tagena.	J. Pedreño, hermanos.
tellon.	J. Mereto
ta.	J. Molina é Ibañez.
clana.	L. Cañizares.
dad-Real	Viuda de Gallego.
doba.	R. Arroyo.
uña.	J. Lago.
nca	P. Mariana.
miel.	R. G. Camarena.
ja.	J. Giuli.
ella.	Silverio Josué.
epa.	R. Cornejo.
rol.	J. Lago
ueras.	J. Bosch.
ona.	F. Dorca.
m.	Crespo y Cruz.
nada.	J. M. Fuensalida.
dalajara.	F. Sanchez.
ana.	Charlain y Fernandez.
ro.	P. Quintana.
lin.	J. M. Paredes.
lva.	J. de Osoruo é hijo.
sca.	M. Guillen.
n.	N. Hidalgo.
iva.	J. Perez.
ez.	F. Alvarez y Aranda.
ar.	I. Coma y Prados.
n.	M. Gonzalez Redondo.
ida.	A. Lopez Morlius.
ares.	R. Carrasco.
roño.	P. Brieba.
ca.	A. Gomez.
ena.	J. B. Cabeza.
o.	Viuda de Pujol.
rena.	B. Guerrero.
hon.	P. Vinent.

Málaga.	J. G. Taboadela.
Manresa.	P. Comellas.
Manzanares.	J. Calleja.
Martos.	R. Sibanto.
Mataró.	P. Frullas.
Medina del Campo	C. Cruz.
Medina Sidonia.	J. de la Vega.
Mérida.	M. de Bartolomé Diaz.
Monovar.	F. Belloc.
Mula.	M. de Toro.
Montilla.	J. Rodriguez Perez.
Murcia.	A. Guerra.
Ocaña.	V. Calvillo.
Orense.	J. Ramon Perez.
Orihuela.	E. Aguiar.
Osuna.	V. Montero.
Oviedo.	B. Lonboria.
Palencia.	G. Camazon.
Palma de Mallorca.	E. Pascual y J. Gelabert.
Pamplona.	J. Rios Barrena.
Peñaranda.	N. Hernandez Pizarro.
Pontevedra.	M. Verea y Vila.
Puerto de Sta. Maria.	J. Valderrama.
Puerto Real	J. de la Cámara.
Puerto-Rico (Mayagüez).	J. Mestre.
Requena.	R. Ripollés.
Reus.	J. B. Vidal.
Rioseco.	M. Prádanos.
Ripoll.	L. Garcia.
Rivadeo.	F. Fernandez de Torres.
Ronda.	R. Gutierrez.
Salamanca.	T. Oliva.
Sallent.	D. Malagarriga.
San Fernando	J. Tellez de Meneses.
Sanlúcar.	J. M. Villar.
San Sebastian.	I. R. Baroja.
S. Lorenzo.	S. Herrero.
Sta. Cruz de Tenerife.	P. M. Ramirez.
Santander.	P. Basañez.
Santiago.	B. Escribano.
Segovia.	J. Sancho Pulido.
Sevilla.	F. Alvarez.
Soria.	F. Perez Rioja.
Talavera.	A. Sanchez de Castro.
Tarazona.	P. Veraton.
Tarifa.	J. Mariano Piñero.
Tarragona.	M. Sol.
Tarrasa.	F. Ubach.
Teruel.	V. Castillo.
Toledo.	J. Hernandez.
Tolosa.	J. M. de La Lama.
Toro.	A. Rodrihuez Tejedor.
Torrevieja.	A. Vela.
Trujillo.	A. Herranz.
Tudela.	M. Izalzu.
Ubeda.	C. Treviño.
Valencia.	F. de P. Navarro.
Valladolid.	G. Hernainz.
Vigo.	A. Martinez y Fronlani.
Villafranca de los Barros.	J. Guerrero y Romero.
Villanueva y Geltrú.	L. Creus.
Vitoria.	S. Hidalgo.
Zafra.	A. Oquet.
Zamora.	M. Conde.
Zaragoza.	M. Diaz.

La Administracion se halla establecida en la calle de las Huertas, número 72, o 2.º

CATALOGO

DE LAS OBRAS QUE CORRESPONDEN Á LA ADMINISTRACION LÍRICO-DRAMÁT

ZARZUELAS (1).

DE UN ACTO.

Donde las dan las toman, L. y M.
El estreno de una artista, L.
Compromisos del no ver.
El Vizconde, M.
Gato por liebre, M.
Gracias á Dios que está puesta la mesa, M.
La Cabaña, L. M.
Los dos ciegos, M.
Mentir á tiempo, L.
Por conquista, M.
Un Caballero particular, M.
Una tempestad en América, L. y M.

Sinfonía concertante sobre motivos de zarzuelas para orquesta y banda, M.

DE DOS ACTOS.

Bethy, L. y M.
El Marqués de Caravaca, L. y M.
El robo de las Sabinas, M.
Entre mi mujer y el negro, M.
Todos locos, L. y M.

DE TRES Ó MAS ACTOS.

Amar sin conocer. M.
D. Crispin y la Comadre, L. y M.
D. Procópio, L. y M.
El diablo en el poder, M.
El hijo del Regimiento, L. y M.
El Planeta Venus, L.
El Relámpago, M.
El Sargento Federico, M.
Entre dos aguas, M.
Estebanillo, L.
Era-Diávolo, L. y M.
Galanteos en Venecia, M.
Jugar con fuego, L. y M.
La Cantinera de los Alpes,
La Cisterna encantada, L.
La Espada de Bernardo, M
La loca de Edimburgo, L.
La Maga, L. y M.
La Sirena, L.
Los Diamantes de la Corc
Los Expósitos, L. y M.
Los Mosqueteros de la Rei
Mis dos mujeres, M.
Un dia de reinado, M.

DRAMAS Y COMEDIAS.

DE UN ACTO.

Amores volcánicos.
Bodas ocultas.
Cada oveja con su pareja. (*Primera parte.*)
Cada oveja con su pareja. (*Segunda parte.*)
El Colmado del Puerto.
La esperanza de dos mundos, loa.
Plaza sitiada....
Soleá la Trianera.
Suegra, marido y rival.
Un hablador sempiterno.

DE TRES Ó MAS ACTOS.

¡A escape!
Cada oveja con su pareja.
Deudas del corazon.
Deudas pagadas.
El Angel custodio.
El artista vale mas.
El ausente en el lugar.
El Médico de la aldea.
El paraiso perdido.
El ramo de oliva.
Hija y madre.
Historia de una carta.
La aurora de la fortuna.
La bola de nieve.
La rica hembra.
La rosa y el pensamiento.
La locura de amor.
Las Biografias.
Los hijos del pueblo.
Las colegialas son colegiale
Lo que se vé y lo que no s
Los Hijos del pueblo.
Padre y Rey.
¿Para el corazon no hay le
¡Por ella!
¿Quién es él?
Virginia.

1) De las obras que van marcadas con la inicial M, pertenece solo la música á esta Administracion, van L y M, corresponden á la misma el libreto y la música.